

Wilson Orozco

# **Gente que necesita cerveza**



Gente que necesita cerveza



# Gente que necesita cerveza

WILSON OROZCO

Gente que necesita cerveza

Primera edición electrónica: marzo de 2021

© Wilson Arturo Orozco Jiménez

worozco19@gmail.com

ISBNe: 978-958-49-1603-7

Ilustración de cubierta: Wilson Orozco

Diagramación y terminación:

Todográficas Ltda

todograficas92@gmail.com

Medellín-Colombia

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita del autor.



El autor autoriza la publicación electrónica, consulta y uso de su obra por la Universidad de Antioquia y de sus usuarios con la licencia especial para publicación de obras en el “Repositorio Institucional y a disposición del público en los términos autorizados con la Licencia Creative Commons: Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Colombia, cuyo texto completo se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>.

## CONTENIDO

7	BANTÚ
17	BRUJOS
25	INTÉRPRETES
33	LÍBIDO
40	ALCOHÓLICOS
46	COMEDORAS
51	BLOGUEROS
53	DETECTIVES
59	GIMNASTAS
64	NARCÓTICOS
69	PASTORES
77	POLICÍAS
85	QUINCEAÑERAS
87	JURADOS
92	TURISTAS
98	DE EVENTOS ACADÉMICOS Y PIÑATAS
101	FAMA Y CHANDA
105	OSLO
108	FIFA CULTURE



*De cómo un profesor universitario de manos delicadas y uñas limpias se convierte en el mesero de un miserable bar y al final es atacado por tres homosexuales que le quieren tocar su preciada barba. Y de cómo lo logran con éxito.*

A pesar de ser un maldito burócrata, a través de muchos contactos en Colombia y en el extranjero logro que el dueño de Bantú me permita ser mesero por un día. La respuesta se demora varios meses pero finalmente accede. Ser mesero de ese antro es la última oportunidad que tengo de perder el poco prestigio que me queda.

Es viernes y la inacabable jornada de rumba empieza a las dos de la tarde. A esa hora me ha citado el administrador. Llego con diez minutos de retraso. Lo bueno es que él llega con quince. Al lado de las puertas hay unos hippies que hace varios meses no se bañan. Aunque ésa debe ser la idea. Están borrachos o drogados o enguayabados o con sueño o todas las anteriores. Uno de ellos toca tristemente una vieja guitarra. Otros intentan dormir. Sus sandalias producen asco. Ésa también debe ser la idea.

Nelson, el administrador, junto con Carlos, un mesero, abren el bar. Yo ya no sé qué estoy haciendo aquí. Me debo



estar enloqueciendo. Debería estar adherido a mi escritorio. Pero ya mi suerte está echada.

—Hay que empezar a sacar esas cajas con envases vacíos para luego entrar el nuevo pedido, dice Nelson con voz ronca y de ultratumba.

Al parecer, todo esto es un proceso industrial: se sacan envases vacíos de la noche anterior, se meten nuevos con el preciado líquido, se saca, se mete y así sucesivamente. Mientras los estudiantes se duermen o sueñan despiertos en una clase de cálculo, aquí todo está estrictamente organizado para que cuando ellos salgan lentamente como ganado que pasta en un potrero y va a otro, sus cervezas ya estén bien frías para que empiece el jaleo.

\*\*\*\*\*

Se sacan todas las benditas cajas con los envases vacíos y ahora a barrer. Hay de todo: colillas, tapas de cerveza, papel higiénico, chicles, una foto de dos lesbianas y hasta un billete falso de diez mil.

Todo está fríamente delegado: Nelson hace cuentas y cuenta plata, Carlos saca cajas, Muñeco acomoda el nuevo pedido mientras cuenta chistes, Diana organiza mesas y yo barro. Ya afuera de Bantú hay una alta torre con cajas de cerveza. *Cuánto bebe la humanidad*, pienso. *O cuánto bebemos*, corrijo. Ya el lugar está tomando una apariencia cada vez más decente. No como el sitio de guerra que los borrachos de la noche anterior habían dejado.

Poco a poco se empieza a configurar el carácter de cada uno de los meseros: Nelson es calmado y gracioso, Carlos es

calmado y galán, Muñeco es calmado y trovador, Diana parece una santandereana con mal genio y picada de tábano. Una pequeña escaramuza empieza entre Muñeco y Diana, no sé por qué. Tal vez porque Muñeco estaba trovando y a la vez pisaba el piso que Diana acababa de trapear. Muñeco se excusa asustado y Diana no lo deja hablar diciéndole:

—Respetá gonorrea-hijueputa.

Ya está casi todo listo. Estamos nerviosos por lo que se viene. Mejor: yo estoy nervioso por lo que se viene. Nelson me llama aparte y me señala circunspecto todo lo que tengo que hacer. Me dice que me va a asignar las mesas de la 1 a la 4. Mis compañeros se ríen de mí. 10 horas más tarde me daré cuenta de que son las peores mesas porque son las que nunca desocupan, porque son las mesas que hay que seguir atendiendo a pesar de que haya un hervidero de rumba en el bar. Luego, me da los precios de todos los productos y me pide que los memorice. Yo los quiero copiar pero él me dice que no, que así no le sirve. Que la cosa es rapidito, de una, sin pestañear. Yo empiezo entonces como hacía en primaria:

—Pilsen a 1800...Águila grande a 2300...Águila pequeña a 1800...Costeña a 1800...Póker a 1800...Águila light a 2000...Pilsen a 1800...

Y así sucesivamente para cada uno de los licores y todas las cosas inimaginables que los seres humanos nos inventamos para meternos en la barriga y así intentar sentirnos mejor.

Para cada una de las cervezas me hacen aprender unas señales dignas del lenguaje de los sordomudos porque cuando empieza el voleo de verdad, no hay tiempo ni manera de pedir nada con la boca sino que tiene que ser con

la mano: la Pilsen es como un ojo, el Águila grande es voleando los dedos meñique y anular, el Águila pequeña es como cuando uno dice “una migajitica así”, la Costeña es un movimiento como de cobra o de danza egipcia, no sé, el caso es que hay que hacer ese ridículo gesto, la Póker se acerca, según Bantú, a la expresión **fuck you** entonces es señalando así **fuck you!!**...aunque el gesto de la Águila light es el que más me ofende ya que tengo que hacer como un homosexual mani-quebrado y ésa es la cerveza que yo siempre tomo...

Los nervios no me abandonan y la acción nada que empieza. Seguimos esperando las hordas de estudiantes que ya están por llegar. Yo mientras tanto empiezo a recoger historias. Carlos me dice que siempre hay un homosexual que viene los viernes. Y que la otra vez le echó el perro. Yo le pido que me cuente y él dice:

—Sí, un man al que atendí toda la noche y ya cuando estaba todo borracho me preguntó que qué cerveza me gustaba, que si la rubia o la morena. Yo le dije que la morena. Al otro día se me apareció con una cerveza alemana toda grande. Yo me asusté todo y le dije a Nelson que me dejara ir para la casa. Lo mío son como las mujeres.

Muñeco interviene y dice que cuando Carlos está borracho y atendiendo, no deja una sola mujer disponible para el staff de Bantú. Carlos lo mira feo. Yo aprovecho entonces y le pido a Muñeco que me cuente una de sus historias. Y a él, muy propio de él, se le ocurre una especie de trova o una cosa toda rara en la cual mezcla títulos de canciones y grupos de rock que debo copiar:

*“Si quieres vamos al CUARTETO DE NOS en el PANTÉON ROCOCO y me das LA DOSIS PERFECTA para que*

*prendamos este chochal. Así que acepté darle JARABE DE PALO por toda LA POLLA RECORDS...”*

Yo le pido que se ponga serio pero él insiste:

“Una vez llegó MY SHARONA toda PARANOID ANDROID buscando al DOCTOR KRAPULA y yo le contesté está por LA CALLE 13 fumando ENANITOS VERDES. Ella me contestó: “no CHARLES GARCÍA. Me estás dando MALA VIDA yo no soy tan MOJIGANGA, no me creas SANTERÍA...”

Diana interviene, nos regaña y nos dice que cojamos oficio porque ya llegó un cliente. Éste no se aguantó las ganas de leer ni de venir a Bantú y tranquilamente hace las dos cosas.

Ya hacia el final de la tranquilidad, el misterioso dueño de Bantú aparece. Viene con uno de sus guardaespaldas quien insiste en no quitarse su chaleco de motociclista por si hay que salir prendiendo la moto. Que en estos días de seguridad democrática es mejor estar preparado para cualquier cosa. El dueño es todo un capo y actúa como los grandes con una tranquilidad y serenidad pasmosas. Un lambón sugiere que le tomemos una foto al patrón para que quede en esta crónica y el patrón sonrío como los grandes. A lo Vito Corleone se para lentamente, su guardaespaldas todavía con su horrible chaleco no se despega de él, no vaya a ser que sufra un atentado de parte de sus mismos trabajadores, y ambos quedan en la foto...

Muñeco, en un bello y revolucionario acto, le da por hacer la señal de Póker en mitad de la foto. El guardaespaldas se tensiona, lo mira de reojo con cara como de “esperate gonorraa hijueputa enseguida te doy”, quiere sacar su cuchillo pero el patrón, como los grandes, dice calmadamente:

—Tranquilo Robinson que Diana se encarga de él.

Así lo hizo Diana. Pobre Muñeco...

Luego, el patrón recoge la plata del producido de la noche anterior. Es decir, la plusvalía, las ganancias, el sudor de todos los meseros convertido en billetes de 50 mil y que van a parar a sus capitalistas bolsillos. Finalmente dice que ahí nos trajo unos buñuelos para que comamos después. Yo digo:

—Qué bien, muchas gracias Don Fabio. Más tarde debe hacer mucha hambre aquí, ¿cierto?

Y él me da una respuesta que me deja más que pasmado:

—No, esos se los descontamos de la nómina. Los buñuelos los está haciendo una tía mía que puso una fábrica hace poquito.

Ambos, dueño y guardaespaldas, parten en una AKT haciendo bulla. Y eso que el parrillero está prohibido. Pero ellos son trozos y dan miedo.

\*\*\*\*\*

Mi primera mesa es ocupada. Es una pareja. El muchacho tiene cara de llamarse Yeison Duván y la muchacha Yuli Caterine. Voy nervioso hacia ellos. El joven me dice secamente:

—Media de guaro.

Yo la pido en la barra. Todos dicen: “¡Bien!” porque me he acabado de ganar mil miserables pesos de comisión. Pero cuando me dan la botella de guaro, casi se me cae.

La pareja es tímida. Aunque es lo normal. Han tomado muy poco de la media de guaro. A los pocos minutos empiezan a joder:

—Poneme esta canción..., poneme esta otra...

Incluso Yeison Duván tiene la valentía de cantarme casi media canción para saber si está en Bantú o no. Yo simulo que sé a lo que se refiere y le digo que voy a ir adonde el DJ (que no hay) para que la busque. Todo no es más que un despiste para que se sienta complacido...

A los pocos minutos vuelven y me llaman otra vez para pedir exactamente las mismas canciones que han pedido antes y yo exclamo como un teletubbie que pone en peligro su vida:

—¡¡¿OTRA VEZ?!!

Yeison Duván parece que todo lo soluciona con plata porque coge un billete de dos mil pesos y me lo entrega. Yo digo que no, que no es necesario, pero él en un gesto propio de los mafiosos, me agarra la mano, me pone el billete dentro de ella y me la cierra fuertemente con las suyas. Yo entiendo que no debo oponer resistencia. Y voy como perrito regañado a ponerle una vez más esa horrible música de Rata Blanca y Kraken.

\*\*\*\*\*

Una hora después sigue lo más horrible para mí. Empiezan a llegar conocidos míos que me llaman “mesero de tres pesos”, me dan sarcásticamente 200 pesos de propina y ex estudiantes me preguntan irónicamente que si es que no me pagan lo suficiente en la universidad...

Ya son las 8 de la noche y me siento agotado. Una parejita de lesbianas empieza a bailar muy sensualmente “closer”. Yo ya tengo hambre y me quiero refugiar en los miserables buñuelos que me descontarán de la nómina. Le pido a Dia-

na que si me reemplaza en las mesas y ella me dice que sí pero que no me demore mucho. Yo obedezco.

Acabo con los buñuelos. Una torrencial lluvia cae sobre Bantú y sobre el mundo. Y todo se complica para mí. No hay por donde caminar porque toda la gente de la calle se quiere refugiar en ese antro. De todas las mesas me llaman. En una mesa tres mujeres preguntan que a cómo vale el descorche. Yo no sé qué es eso. Les digo que no, que no hay. Ellas me preguntan que cómo así. Yo digo que sí que no hay. Y ellas me miran el avisito de BANTÚ en mi camiseta y me preguntan:

—¿Usted es *nuevón* o qué? ¿Cómo así que no sabe qué es un descorche?

Finalmente averiguo y el bendito descorche vale 5 mil pesos pero Diana me advierte que no me puedo dejar meter más de media de ron. Fuera de que tengo que atender, tengo que vigilar a estos borrachos así como hago en mis labores de profesor con mis estudiantes. Mientras he ido a averiguar lo del descorche, los de la mesa 4 se me han escapado. Yo, angustiado y nervioso, se lo cuento a Diana y ella exclama:

—¿Cómo así que los dejó ir? ¿Dónde estaban?

Y se va para esa mesa. Yo veo que se alejan tranquila y cínicamente para no despertar sospecha y ella se va detrás de ellos y les dice:

—¿Quiubo pues gonorreas? Me pagan lo de la mesa ya.

Los tipos sumisa y nerviosamente cuentan sus miserables monedas para pagarme.

\*\*\*\*\*

Ya son las 12 de la noche y Bantú es un hervidero. Ahí es cuando pienso que quién se habrá inventado la idea de un bar. Hay que estar borracho para estar en uno de ellos. El cansancio, el hambre de nuevo, el agotamiento y sobre todo la sobriedad no me hacen contemplar con romanticismo esta orgia de cuerpos, borrachos, humo, licor, bulla, gritaría, música estridente, cuerpos apelmazados, peleas...y sí, definitivamente hay que estar borracho para aguantar un lugar así. Ya la mujer que antes me parecía sensual y bohemia, la odio por sus constantes peticiones de cervezas, cigarrillos y canciones. Las mesas no son más que una tortura que buscan ser atendidas. Todos los asistentes no son más que niños en etapa oral que buscan ser complacidos en sus más mínimas demandas.

Yo estoy cansado, aburrido y descuadrado. Se lo comento a Diana y ella me dice:

—Venga pues yo lo reemplazo pero eso sí, tiene que lavar entonces todos los vasos.

Maternalmente me mira con pesar y lástima y exclama una vez más, como lo ha hecho durante toda la noche:

—¡¡Dios mío, todo sea por el arte!!

\*\*\*\*\*

Ya es la una de la mañana. La media hora que falta para terminar se me hace eterna. Odio a todos estos malditos borrachos no recordando que yo mismo he sido uno de esos **malditos borrachos**. *Pero qué más se la va a hacer.. La vida es aburrida, la vida es lenta, la vida no tiene sentido,* pienso filosófica y cansadamente mientras lavo vasos. Hay



que buscar entretenimiento a como dé lugar. Yo me adormezco con estas reflexiones tan profundas cuando despier-to con la orden perentoria de Nelson:

—Bueno, muchachos esto se acabó. Ya no más luchas con proveedores ni con estudiantes.

Ordena parar la música, ordena cobrar cuentas, ordena entrar las mesas, ordena sacar a los borrachos a las buenas o a las malas. Preferiblemente a las malas. Y yo ya he hecho mis cuentas: me he ganado 20 mil pesos de nómina, más 4 mil de propina en monedas de 100. Debo restar 5 mil pesos de los miserables buñuelos y tengo que sacar 10 mil para el taxi. Total, me quedan 9 mil pesos por toda esa tortura.

Veo que tres borrachos están en una mesa y no se quieren parar. Carlos me dice angustiado:

—Ay marica, esa es la mesa del homosexual que la otra vez me estaba echando el perro. Andá vos...

Cuando me les acerco, los tipos se ríen y exclaman:

—¡No sabíamos que en Bantú contrataban meseros tan barbados!

—Caballeros, se pueden parar por favor, ya vamos a cerrar.

—Ay, pero qué afán... ¿te podemos tocar la barba, papi?

—Por favor caballeros me respetan...

No había ni terminado, cuando los tres ya habían acercado sus asquerosas manos a mi preciada y frondosa barba. Diana se da cuenta del jaleo y grita:

—Bueno, bueno, bueno, ¿qué es lo que pasa pues allá? ¿No ven que estamos cerrando?

Yo le cuento lo que me acaba de pasar.

Y ella, como lo ha hecho durante toda la noche, sí que se encarga de ellos.

Pobrecitos.

No hay nada peor en la vida que estar emproblegado y fuera de eso ser un ignorante. A un tío mío una vez lo estaban extorsionando. Le pedían 5 millones de pesos. Él, muy guapote, se negó a pagarles a los criminales. Pero desesperado se fue para donde una bruja. Quería saber quién le estaba haciendo semejante trabajito. Ella, muy preocupada por su situación, le dijo que para eso tenían que quemar una plata en billetes de dos mil.

—¿Y cuánto es?, le preguntó él.

—Ocho millones de pesos, dijo ella sin inmutarse.

Él se los dio. En la quema de la plata él por supuesto no podía estar presente porque era más efectivo si ella estaba sola...

El Tigre y yo decidimos hacer una crónica sobre estos artistas. Quedamos de encontrarnos en Junín con la Playa. En ese sitio decenas de tipos entregan, con la velocidad de un vaquero que saca su pistola, papelitos a todo el que los

quiera recibir. Al hacer un análisis de esos papelitos, se encuentra que todos intentan solucionar los tres grandes problemitas de la vida que al parecer son: salud, dinero y amor. Y lo enuncian de la siguiente manera: “retiramos enfermedades postizas”, “rezamos fincas, casas, negocios, ganado, fábricas” y tal vez lo más importante, “traemos y ligamos a su ser querido”.

Le pregunto a un muelco de los que reparten los papelitos que dónde es que hacen esos trabajitos. Me dice que él me puede llevar. Le digo que estoy esperando a un amigo. Me dice entonces que cuando vaya a ir, lo busqué a él porque hay mucha competencia y él se quiere ganar los cien pesos que le dan si lleva a alguien hasta la oficina. Mientras tanto le pregunto que si “Fabiola: Profesora de Ciencias Ocultas” es efectiva. Me dice que sí. Que él fue adonde ella porque había vomitado algo maluco.

—¿Y qué vomitaste?

—No, algo maluco. Dejemos así...

—¿Y eso?

—Mmmm...creo que fue la supuestamente mujer de mi papá. Ella trabaja en el restaurante de él y quién sabe que me dio porque ella es la que cocina. Fuera de eso me echaron y me quedé sin trabajo. Cuando fui adonde Fabiola ella me dijo que repartiera los volantes y que me daba quince mil pesos por día.

—¿La “supuestamente” mujer de tu papá?

—Sí, es que mi mamá se murió y esta mujer se quiere quedar con la pensión de él.

—Ahh...

—¿Y usted por qué quiere ir?

Afortunadamente El Tigre llega y me salva de la mentira que todavía no he inventado. Decidimos el plan de acción. Quedamos en que vamos a decir lo que vamos a hacer. Es decir, la verdad: una crónica con fotos incluidas.

El mueco nos lleva hasta donde Fabiola. En el camino, nos muestra a sus otros compañeros. Dice que en total Fabiola les debe pagar trescientos mil pesos diarios y continúa:

—Porque hagan la cuenta: 20 personas por 15 mil pesos da 300 mil pesos...¿sí o no?

—Sí, decimos a la vez.

Subimos al segundo piso. Entramos a un lugar que parece una cacharrería. Abunda la parafernalia espiritista: velas, incienso, cuadros de santos y ramas de todo tipo. Es obvio que el tipo que nos recibe se pilló la cosa porque nos mira de arriba a abajo. Pero el mueco dice inmediatamente:

—Vienen a una consulta.

—Entonces son 14 mil pesos.

Pero El Tigre interviene:

—No, es que venimos a hacer una investigación sobre el trabajo de ustedes. Nosotros somos profesores universitarios y venimos a hacer algunas preguntas y a tomar unas fotos.

—No, si quieren saber de esto para eso están los libros. Yo ya estoy cansado de dar entrevistas. Hace poco me hicieron una para La Chiva. Y hablaron muy mal de nosotros.

—No, pero es que queremos hacer la cosa más real...

—No, ya les dije que no.

Salimos del negocio y mientras bajamos el mueco nos dice:

—No, pero es que ustedes no vienen a consulta...qué falla porque Fabiola sí que es efectiva.

\*\*\*\*\*

Cambiamos de plan de acción. Vamos a ir donde otro brujo pero solamente voy a entrar yo. Me voy a hacer adivinar la suerte o el futuro o a saber quién es el que me está jodiendo la vida. Mientras caminamos hacia otra oficina que indican los papelitos, pienso que me debo inventar un cuento bien reforzado. Como por ejemplo decir que la plata no me rinde y que es porque tomo mucha cerveza y que a lo mejor en el bar Bantú, donde me mantengo, me han hecho un maleficio y así sucesivamente.

—Buenas tardes, vengo a una consulta.

Una mujer de unos 50 años me atiende.

—Sí, siga...¿cuál es su nombre?

—Alberto Ramírez.

—Nombre de la esposa...

—Lucy de la Espriella.

—Fecha de nacimiento...

—Cinco de octubre del 73.

—¿Estudia o trabaja?

—Ambas.

—Estos datos es para cuando usted vuelva y no tenga que pagar una nueva consulta. Ya lo hago pasar donde el “Gran Maestro Juan Bautista”.

La secretaria abre una puerta y veo que Juan Bautista está sentado en un escritorio viendo la telenovela de las 5 de la tarde por Caracol. Apaga el televisor y prende a todo

volumen un radio con música clásica. La mujer le pasa la hoja y él la lee. Luego me hace pasar:

—Buenas tardes mi estimado amigo, sígase por favor, ciérreme la puerta...bien pueda siéntese...

Yo sabía que todo este cuento me iba a decepcionar pero no tanto. Juan Bautista es joven, demasiado joven. Rasgos indígenas y peinado de rolo. Parece un ejecutivo de Bancolombia: camisa, corbata, pantalón de paño y zapatillas bien lustradas. Nada de la parafernalia de los brujos ni ningún indio amazónico con plumas. Su juventud sigue sorprendiéndome y como si ya estuviera leyéndome la mente, continúa con su retahíla:

—El trabajo que yo hago viene de mis ancestros y esto es una cuestión familiar con cientos de años de tradición donde hacemos trabajos garantizados...por lo pronto vamos a leerle el tarot para saber qué malas energías, qué maleficios, qué espíritus del más allá han venido a perturbar su bienestar personal...por eso está usted aquí hoy mi querido amigo, porque la tranquilidad de mente y espíritu no tienen precio; pero usted no está solo...estamos aquí para ayudarle...a ver, muéstreme las manos...no, pero las palmas por favor, extiéndalas aquí, muy bien...bueno, ahora parta por la mitad esta baraja...muy bien, la izquierda....eso dice mucho de usted, se ve que usted tiene una afición por lo oculto, por aquello que no percibimos pero que está latente y que nos puede hacer mucho bien o mucho mal y a lo mejor eso es lo que está pasando con usted...el mal se ha ensañado con su existencia, vea mi querido amigo...yo lo que veo aquí es una cosa muy seria...de todas estas cartas que hay aquí extendidas, ¿qué dice en ésta?

—El enamorado.

—Muy bien, hay alguien que le quiere hacer mucho daño y que de hecho se lo está haciendo, ¿recuerda a alguien en particular, una novia, una mujer por ahí de la vida alegre, una esposa, una amante?

—Mi exesposa.

Aunque maldigo ser tan veraz y pienso que le podría haber dicho que realmente me gustan los hombres para ver la reacción en su cara pero creo que meterme en semejante mentira podría resultar algo complejo. De todas maneras pienso que tanta retahíla sobre las mujeres señala una visión muy patriarcal, machista y sexista de este joven hechicero.

—Claro, aquí se ve claramente...ahora repita por favor su nombre tres veces.

—Alberto Ramírez, Alberto Ramírez, Alberto Ramírez.

—Muy bien.

Como me pica la barba y estoy cansado de esa posición ridícula en la cual tengo unas manos extendidas que él ni siquiera mira, decido primero rascármela y luego cruzarme de brazos. Él inmediatamente me conmina a poner de nuevo las manos sobre el escritorio. Pero sigue sin mirarlas, entonces yo quiero enredarlo con la cuestión de la plata y le digo:

—Mire, es que a mí no me rinde la plata porque yo me mantengo en un bar cerca de mi trabajo y me han dicho que a lo mejor es un maleficio que me hicieron.

—Ah, claro...vea, ¿qué dice en esta otra carta?

—El colgado.

—Bien, ya lo sabía yo...eso es que deben tener una foto suya por ahí y la están chuzando.

Inmediatamente me acuerdo de todas las fotos que viven sacando todos esos niños universitarios para subirlas al Facebook.

—¿Y se podría saber quién concretamente me está haciendo el maleficio?, le pregunto.

—Ah, no. Eso requiere su tiempo...pero vea hijo, yo le quiero colaborar...para eso debemos hacer una cremación.

—¿Una cremación?

—Sí, una cremación. Eso quemamos tres velones que cuestan cada uno ciento veintitrés mil pesos, si quiere empezamos ya...

—No, es que no tengo plata.

—¿Usted qué hace, hijo?

—Soy celador.

—Ya...porque entre más pronto empecemos mucho mejor...si a uno la mujer le está haciendo daño y fuera de eso la plata no le rinde, uno está como jodido, ¿o no?

—Sí.

—¿Cuánto me puede traer mañana?

—50 mil...

—¿No más? Porque lo grave es que yo aquí veo que a usted también le hicieron algo en el cuerpo...¿a usted no le duele aquí como en el pecho?

—No, me duelen las manos.

Fue lo único que se me ocurrió decirle gracias al dolor que he adquirido por trabajar todo el día en un computador...

—Ah, sí...¿y por aquí por el cerebro?

—No, más bien por la espalda.

—Claro, eso es lo que se ve aquí en las cartas. Bueno, mañana lo espero...ah, y tráigame una foto de su esposa para calmarla porque le está haciendo mucho daño.



Me doy cuenta de que el tipo ni siquiera me prestó atención cuando le dije que era mi EXesposa, no mi esposa, la que creía que me estaba haciendo daño. Pero dejo así.

Al salir de su oficina, junto a algunas velas, veo fotografías de tipos con bigote, mujeres con peinado a lo Alf y todo el kitsch espiritual posible, a saber: un buda, un Cristo, una Virgen del Carmen, una diosa hindú y al padre Marianito.

Quedé con la secretaria en que iba al día siguiente. Me prometieron un carné y un código para no seguir pagando los ocho mil pesos de la consulta.

Al bajar por ese edificio que se cae a pedazos, me encuentro con el Tigre tomándoles fotos a las paredes. Es lo único que podemos hacer. Estos brujos son muy reservados y no les gustan las críticas. Creo que Karl Popper es el que dice que una teoría es más fuerte en la medida en que pueda ser falseada. Es decir, en la medida en que resista las críticas.

Y no sé por qué retumba en mi mente la parodia de una cancioncita hartamente famosa en esta patria emproblemada:

**“En Colombia los ignorantes somos más”**

# INTÉRPRETES

---

Intérpretes, intérpretes, siempre los ha habido: cuando llegaron los españoles arrasando por toda parte, necesitaban llegar a nuevos territorios y obviamente utilizaban a los mismos indígenas para lograrlo. Cuando en los procesos de Núremberg los criminales nazis daban sus declaraciones, todos, tanto criminales como intérpretes, se ponían unos audífonos para intercambiar, qué sé yo, atrocidades y justificaciones de idioma a idioma. Más recientemente los soldados americanos en la invasión a Irak, entran atropellando de casa en casa con el intérprete de bigote por delante preguntando que dónde están las armas y las bombas.

Pero no todo es tan horrible. También hay intérpretes dedicadas al amor o “Intérpretes del Amor” como ridículamente se podría llamar esta crónica. Y ese tipo de interpretación también tiene su historia y sus implicaciones. La Malinche, intérprete de Cortés terminó enamorada de él

o él de ella, qué importa, y por ello todavía sigue siendo despreciada.

Nuestra Malinche es tan o más bonita que la indígena mexicana. Aunque realmente no lo sabemos. Pero aún conserva la pinta universitaria a pesar de que hace dos años se graduó del programa de traducción de la Universidad de Antioquia. Ahora dicta clases en un colegio de Boyacá Las Brisas porque es en la enseñanza donde terminan recalando todos los estudiantes de traducción. Estudian traducción porque no quieren enseñar, pero terminan enseñando. El mercado es el que manda, desafortunadamente.

Nuestra Malinche se llama Verónica. Nombre de telenovela mexicana y la verdad es que sus historias sí que son de telenovela.

Quisiera invitarla a uno de los restaurantes donde ella se la pasa de intérprete pero no, mejor la invito a comerse un perro caliente al frente de la universidad.

Llega con su mochila universitaria. Me dice que si tengo preguntas y yo le digo que no, que empiece por el principio, como hacen los psicoanalistas, y de una se despacha:

-Cuando estaba estudiando en la universidad, una compañera me dijo que por qué no iba a una agencia matrimonial a hacer de intérprete de unos gringos que iban a venir. Yo le dije que no porque eso me sonó como a “chica prepago” pero mi compañera sí fue. A la semana siguiente le pregunté que cómo le había ido y me dijo que súper bien, que le habían pagado 20 dólares por dos horas y que luego había acompañado a una pareja por fuera del encuentro y que por cada hora se había ganado 10 dólares.

Verónica hizo cuentas, convirtió dólares a pesos, vio que a su amiga no le habían dado burundanga ni la habían

violado y decidió ir entonces al siguiente encuentro de la agencia matrimonial, ésa sí con nombre ridículo, **You Are My Love**.

\*\*\*\*\*

Los perros calientes llegan por fin y a mí me da pena por chichipato pero ya mi suerte está echada. La Voz de Colombia también suena estruendosamente pero Verónica está como animada hablando.

La primera vez que Verónica fue al encuentro, realmente fue el preámbulo de lo que se ha repetido durante todos estos años. Continúa:

—Los gringos pagan desde Los Estados Unidos 5 mil dólares y eso incluye tiquetes, hotel, comidas, intérprete y el evento donde se van a encontrar con las peladas. Ellos ingresan el código de las mujeres que quieren que estén en ese evento. Cuando llegan a Medellín, a cada intérprete le asignan un gringo y el trabajo de uno es llevarlo por cada mesa donde hay unas 5 muchachas con los nombres escritos en una escarapela. Yo lo presento, es decir, digo su nombre, qué hace y cuántos años tiene. Casi todos son viejos que ya se han divorciado o que por fin se van a casar después de haber hecho plata toda la vida.

Los perros calientes se enfrían porque ella no para de hablar, yo me quiero lanzar sobre el mío pero ella prosigue:

—Luego se presentan ellas y todo es igual de predecible: dicen su nombre, edad, (casi todas tienen hijos) y también dicen lo que les gusta hacer en su tiempo libre. Casi todas dicen que les gusta ir a centros comerciales y eso a mí me

enerva porque cómo es que una mujer de 28 años solamente sabe decir eso. Y sobre todo con esos gringos tan preparados porque hay médicos, abogados, ingenieros...claro que también está el pato que inventa que tiene yates y casas con piscina en Los Ángeles pero uno va a aprendiendo con el tiempo a identificar quién dice la verdad y quien no y quién quiere una cosa y quién quiere la otra.

El perro está helado, por fin dejo el pudor a un lado y empiezo a echarle el diente. Ella por fin se da cuenta, muy pulcramente le da también el primer mordisco pero sigue hablando. Yo le pido que por favor nos vayamos para un corte de comerciales porque no soy capaz de comer, prestarle atención, tomar notas para la crónica y admirar lo linda que es. Ella no le presta atención a mi piropo. Comemos en el más estricto silencio.

\*\*\*\*\*

Una vez terminamos, yo compro tres cajitas de chicle por 500 pesos, siempre es mejor tener la boca con sabor a menta (aunque sucia). Uno no sabe qué pueda pasar después. Ella sigue:

—¿Entonces en qué íbamos? Ah, sí. Después de la presentación en una mesa, seguimos con la siguiente y así. En total son como 40 peladas y eso se hace cansón. Cuando termina la ronda de presentaciones, yo le pregunto al extranjero discretamente si le gustó alguna y ahí sí que empieza todavía lo más cansón porque es interpretar lo de siempre pero también otras cosas que no están en el libreto...

—¿Cómo cuáles?, tengo la osadía de interrumpirla.

—Las mujeres son muy jodidas. Me preguntan que si él si es como de modito, que en qué estará interesado realmente si en matrimonio o en qué...y yo medio las embobo y les digo que no, que le den tiempo al tiempo...yo, si tengo que tomar partido, lo hago por el gringo porque al fin y al cabo él es el que está solo acá, él es el nuevo y yo en más de una ocasión le digo de una: “vea, usted pa’ qué se va a meter con una muchacha de 25 años, usted ya tiene 45 y es profesional, ella lo que está pensando es en otras cosas, en rumbiar y demás...”

—Entiendo...entonces cuando terminan de comer, ¿qué pasa después?

—Después de la cena (siempre dice *cena*), si se encarretan, pues yo los acompaño otra vez o máximo dos veces a salir...si se encarretan demasiado, ya ahí se me acaba el trabajo.

—¿Cómo así?, pregunto ingenuamente.

—Pues, yo no los puedo acompañar en el cuarto de hotel. No ve que hay cosas que no necesitan traducirse...

—Ah...sí, respondo.

\*\*\*\*\*

En todo este trajinar lingüístico, ha habido casos patéticos y tristes. Dos gringos se interesaron por la misma “Diva de la Noche”, como las llama Verónica, (de hecho dice que todo encuentro tiene una), pero la diva escogió por supuesto al más joven. El otro era todo un nerdo que andaba con carpeta bajo el brazo haciendo preguntas y chuleando y diciendo que no se podía devolver para su país sin esposa, que ése había sido el encargo de su mamá...

Verónica dice que tampoco falta la muchacha de Manrique que llega a cualquier restaurante de El Poblado con escote de leopardo, minifalda (“¡en plena lluvia!”, exclama) y botas peludas con flecos. Fuera de eso también le tiene que traducir a ella porque no entiende los nombres de los platos. Dice además que hay historias tristes, mujeres ilusionadas, ya casi con la “visa fiancée” tramitada pero abandonadas a última hora por el gringo que se desaparece.

—Claro que de todas maneras las más jodidas siempre son ellas, insiste.

—¿Pero por qué?

—Ah, es que las mujeres...vea, una por ejemplo tenía un mozo con plata en El Hueco y estaba enredando a un pobre gringo porque es que ellos son como así, todos inocentes, todos bobitos y yo sí le dije de una al gringo que no se metiera con ella.

—¿Y entonces por qué las mujeres se meten a la agencia si ya están en una relación?

—Porque es que ésa es la oportunidad de muchas de salir a una “cena”, además a las mujeres nos gusta que nos traten bien, que nos inviten a restaurantes caros y que los hombres sean caballerosos...

Yo no la miro. Me fijo con vergüenza en una mosca que revolotea por encima de unas servilletas embadurnadas de salsas baratas del local de comidas rápidas donde suena a todo taco La Voz de Colombia.

\*\*\*\*\*

Lo del tomar partido por los gringos me llama la atención y le pregunto:

—Y si tomás partido por los extranjeros entonces, ¿cómo es tu relación con las mujeres?

—Bien,...cordial. Pero algunas se ponen celosas y me dicen que yo estoy por encima de ellas y que tengo más ventajas, entonces yo les digo que yo ya tengo novio extranjero y ellas me preguntan que si me lo conseguí allá y yo les digo que no, que fue un profesor de Inglaterra que se enamoró de mí. Ahí ellas se quedan como calladas...pero de todas maneras en más de una ocasión los gringos sí me echan el perro y me dicen que salgamos y yo les digo lo mismo: que ya tengo novio extranjero. Pero también me estoy como cansando de todo este trabajo.

—¿Por qué?

—Porque al principio yo creía que eso era todo bonito, unir parejas y tal pero no, yo me siento como una más del engranaje de la agencia.

—Ahh

—Bueno...., ya me debo como ir. Mañana tengo que madrugar a las 5 de la mañana.

—Bien, ¿te puedo tomar unas fotos?

—No, pero es que estoy como muy desarreglada.

—Tranquila, que no vas a conseguir novio extranjero.

El sarcasmo como que no le gusta mucho pero accede a mi propuesta siempre y cuando no le tome fotos a su cara. La última foto es cuando ella se pone de pie para irse...

Le digo que muchas gracias y que le voy a enviar la crónica y que espero que le guste. Finalmente remato:



—¿Y me podés dar tu celular?

—¿Para qué?, me pregunta hosca y secamente.

—No sé, para llamarte, salir...

—Mmm...no. Ya te dije que tengo novio. Además, esto era solo una entrevista, algo profesional, ¿no?

Me siento regañado y en una situación patética. Como uno de esos gringos viejos, gordos, acabados, verdes y desesperados. Así que agacho la cabeza. Ella me dice “chao” y atraviesa la calle para coger su bus.

Me fijo en su enorme culo.

Líbido es un bar de Medellín. Tipos que han probado todas las drogas, licores y mujeres me han dicho que le tienen respeto a ese antro. Siempre me dicen:

—Tenés que ir a Líbido.

Muñeco, un trovador, es el enlace para hablar con el dueño. Llegamos a una zona pobre, industrial, peligrosa y abandonada de la ciudad. Muñeco le dice al tipo que custodia la entrada que venimos a hacer una crónica. Se ha apersonado de la cosa. Es entendible ya que es extrovertido y parlanchín. Repito: es un trovador. El gordo de la entrada con pinta de camionero, gracias a toda esa parla, nos deja entrar.

Lo primero que se encuentra en Líbido es una especie de sala con muebles de hace muchos años. Como esas típicas casas paisas donde la gente dice:

—Bien pueda siéntese.

Pero nosotros no nos sentamos. Al lado izquierdo se encuentra un almacén donde venden camisetas de todos los rockeritos y punkeritos habidos y por haber.

Muñeco muy solícito le explica a la muchacha, que atiende y espera aburridamente, la razón por la que estamos ahí. Ella me mira como con cara de “éste tiene cara de periodista y así le voy a hablar”. Así que empieza a decirme en un tono un poco artificial y preparado lo que es evidente: que venden camisetas y artículos con la marca Líbido. No le veo mucho interés a eso. De todas maneras aprovecho y tomo una foto.

Luego buscamos al dueño del bar.

Éste, cómo decirlo, parece un personaje sacado de una película de Víctor Gaviria. Pero no sería el muchachito que dice palabrotas de principio a fin sino aquél que gestiona una banda de sicarios o un expendio de drogas o cualquier cosa bien escabrosa.

El ruido es insoportable pero alcanzo a escuchar su nombre, Mario, y seguramente el administrador antes le ha dicho que soy profesor de la Universidad de Antioquia porque lo primero que me dice es:

—Yo soy egresado de la licenciatura en lengua española de la UdeA.

No sé qué pensar. ¿Qué me estará queriendo decir? ¿Que él es mucho más que ese antro del cual es dueño? Yo estoy lo mar de simpático y finjo mucho interés. Para eso soy muy bueno. Luego me dice que ha mandado muchas hojas de vida a muchos colegios pero que no le ha resultado nada. Que si de pronto le puedo ayudar. Yo le respondo con una mentira y para eso también sí que soy bueno:

—Sí, dejate yo miro a ver.

Él se pone a mi disposición. Que podemos hablar más tarde de lo que quiera. Yo le agradezco y sigo mi recorrido por esa vieja casa convertida en sitio de perdición.

Siguen tres cuartos seguidos. En ellos, con temor, espero encontrar todo lo que me han contado de Líbido: que la gente se inyecta y consume todo tipo de drogas y que las parejas hacen el amor delante de todo el mundo.

Los cuartos siguen el mismo patrón: tienen sofás y sillas desvencijadas. Tienen además unos closets con cortina, esos seguramente para las parejitas. Yo, entre la oscuridad y las figuras de muerte que adornan las paredes, realmente me siento en una mazmorra. O como en esos túneles del Castillo de San Felipe: sucios, húmedos, deprimentes.

No hay parejitas, afortunadamente, haciendo nada raro. Lo único que alcanzo a ver son tipos totalmente dormidos o idos de este mundo. Estos parece que ya se han consumido toda la droga que le ofrecen a uno afuera. Así que si la posibilidad de encontrarme parejitas me produce aprensión, ver estas piltrafas humanas me produce ¿qué? a ver, ¿qué puede decir mi lado moralista-puritano? Sí, tal vez depresión, asco, rechazo. Y ahí es cuando recuerdo las palabras que San Bukowski decía cuando le preguntaban sobre las drogas. Su respuesta era que las odiaba porque no son más que un acelerador iditiozante para el cuerpo. Que no hay nada como la cerveza con la cual uno es consciente de todo lo que pasa alrededor. Es algo suave, lento, por pasos. Con la droga la gente se convierte en zombis deprimentes en dos segundos. Como esos que veo tirados en los sofás.

Salgo y encuentro que ha llegado más gente. Es decir, todos aquellos que han sido expulsados de todos los bares de Medellín y que no se dan por vencidos y que quieren rumba hasta las 6 de la mañana.

Mario sigue programando la música. Pone un video de Iggy Pop y ésta sí que es la imagen más cercana de Mario. De hecho, me parece que Mario en el fondo se cree Iggy Pop: observa a la multitud que ya se ha acumulado en el bar, se quiere lanzar como Iggy Pop sobre esa multitud, canta junto con Iggy Pop “I wanna be your dog”, se mueve como Iggy Pop y lo más importante, se quita la camisa como Iggy Pop. Ahí es cuando logro observar su tatuaje.

Ya acabado el espectáculo de Iggy Pop y el de su émulo, voy a su encuentro (al de Mario, quiero decir) pero el administrador me cierra el paso. Me dice que espere. Mario sale del cuarto de donde pone la música y quién sabe qué más cosas hará.

Yo lo saludo de nuevo. Estoy nervioso. La sobriedad del momento no me ayuda mucho. Él me sonríe impaciente y espera la primera pregunta. Yo no sé por dónde empezar. Así que recurro al lugar común:

—¿Hace cuánto tenés el bar?

—Trece años. Empecé con una grabadora en el garaje de esta casa a escuchar música con unos parceros y después empezó a crecer la cosa.

—Ya...

No sé si es porque odio el papel del periodista pero mi siguiente pregunta sí que lo es:

—¿Y vos por qué crees que este bar es diferente a todos los demás de Medellín? Porque *Líbido* tiene su fama dentro del mundo *underground*. Es decir, hay una inmensa minoría que sabe que existe.

Me siento patético haciendo esa larga pregunta. Primero porque es excesivamente retórica: yo sé por qué es tan diferente. Que yo sepa, aquí se permite el consumo de drogas y

de cuerpos. Lo de “mundo underground” me suena posudo y academicista. Ni siquiera sé qué es el *mundo underground*. Y tercero porque utilizo una expresión de la alta cultura. El estribillo de la HJCK, emisora de música clásica, que decía que era la emisora “de la inmensa minoría”.

Él, gracias a su expresión, me hace saber por supuesto que la pregunta es boba y retórica. Sobre todo porque los dos sabemos que yo ya tengo la respuesta. Pero él no se queda atrás y me da una respuesta que me parece más retórica aun:

—Líbido es diferente porque esto es un lugar de tolerancia y aceptación. Es un bar de amigos.

Lo último sí que me parece patético sobre todo porque esperaría que un hombre que se mueve en el “mundo underground” no saliera con ese tipo de clichés. Además recuerdo que todos los bares se autodenominan así mismos como el bar de los amigos. Lo gracioso es que en todos hay que pagar de contado.

Este diálogo no va para ninguna parte entonces yo me le meto por el lado de las preguntas personales a ver si nota mi interés en él. Le pregunto que cuándo se graduó y me responde:

—Hace dos años y desde eso no me ha resultado nada de trabajo, he mandado muchas hojas de vida y nada.

—¿Y vos qué podés enseñar en la universidad?

Su respuesta me deja más que pasmado:

—No, a mí me gusta trabajar es con niños de cuarto de primaria.

Inmediatamente se me disparan todas las alarmas moralistas que tanto combato de manera racional. Pienso que cómo un tipo de estos va a estar capacitado para enseñarle

a niños. Me lo puedo imaginar en una entrevista de trabajo en el, pongamos, Marymount:

—Muy bien, ¿y usted a qué dedica su tiempo libre?, le preguntan.

—No, tengo un bar de punk y música electrónica que abre de 11 de la noche a 6 de la mañana y permitimos, en aras de la tolerancia y la aceptación, el consumo de drogas y de alcohol aparte de que somos muy abiertos para que la gente practique cualquier tipo de actividad sexual con cualquier cosa que se mueva.

—Ya..., debe responder la señora rectora quien hace parte además del comité ejecutivo del Country Club.

Pero quién quita, realmente Mario puede ser como Iggy Pop en el aspecto intelectual. Poco se sabe que Iggy Pop es casi el único cantante que tiene el gran honor de haber publicado un preámbulo en una edición erudita en Inglaterra. Mario entonces podría combinar su capacidad intelectual con la quitada de la camisa en mitad de una clase de inglés y cantar “I wanna be your dog” para enseñar el presente simple. La fascinación completa de los párvulos estaría más que asegurada.

\*\*\*\*\*

Ya no sé qué más hacer en ese bar. Ya lo he recorrido de puerta a puerta, me he sentado en la sala como buena visita, he visto gente consumir todo tipo de drogas y eso cada vez me ha deprimido más, he visto hombres besarse, he leído mensajes iconoclastas, he tomado fotos, he contemplado largamente una amplia humedad en el techo y que va a lograr que algún día de estos se desplome....

¿Qué más queda? Despedirme de este lugar que por lo menos trata con respeto y dignidad lo que la sociedad se encarga de criminalizar.

Me despido del administrador que demuestra una tranquilidad y serenidad que me inquietan. Es una serenidad como de gangster frente a los múltiples pedidos de cerveza. Mario viene de nuevo a mi encuentro. Quedamos en que lo voy a llamar en semana para hablar de día porque hoy es solamente para que yo “sienta la atmósfera”. Y así podemos hablar mejor. Yo sigo en mi simulación apuntando su teléfono a sabiendas de que no lo voy a llamar.

Salgo. Arranco en mi destartada moto. Son las 3y30 de la mañana. Me gusta el silencio de esa hora y lo mejor de todo es que voy sobrio. Solo quiero llegar a mi casa y acostarme.

Paso a propósito por San Diego. Sé que ahí siempre hay un operativo para agarrar conductores embriagados. Hoy sí quiero que me paren.

Ahí están los del tránsito y la policía. Paso por el lado de ellos pero no me paran. Intento una segunda vez y tampoco. Maldigo mi suerte. Voy a intentar una tercera pero reflexiono y me digo que tengo que dejar de hacerme el chistoso. Si me paran e indagan a fondo se darán cuenta de que conduzco con un pase falso. Y ahí sí que estaré en problemas.

Y por supuesto mucho más cerca de parecerme a Mario.



# ALCOHÓLICOS

---

Siempre había creído erróneamente que era alcohólico hasta que fui a alcohólicos anónimos. Unas escaleras que conducen a un tercer piso son el inicio de ese descubrimiento: sucias, lúgubres, oscuras. Llego a un tercer piso. Me siento en una sala junto a otras siete personas. Se alegran de ver una cara nueva. Me dan la mano. Me siento intimidado. A los dos minutos se acerca un anciano demacrado y me dice que si lo puedo acompañar a otra habitación. Así lo hago. Me hace sentar en un sofá. Él se sienta en otro. Me siento como en una de las tantas terapias psicológicas en las que he estado. Me pregunta que cómo llegué allá. Que cómo supe de ellos. Le hago saber que es natural saber de AA. Que simplemente busqué en las páginas amarillas. Él se decepciona porque no empiezo a contarle una historia escabrosa y dramática. Empieza con su rollo.

El mismo rollo que conocía gracias a las cientos de páginas que había leído en internet cuando creía que era al-

cohólico. El señor que tengo al frente no para de enunciar los mismos lugares comunes: que el alcoholismo es una enfermedad, que se es alcohólico una vez y para siempre, que la más peligrosa es *la primera copa* (a veces aterriza en su propio lenguaje y dice *guaro*), que el licor destruye hogares. Y poco a poco empieza a hablar de su vida: que era mecánico y dejaba tirados tres carros a la vez por irse a beber, que la plata no le rendía y lo echaron de la casa, que terminó fumando bazuco y lo peor de todo, adquirió el vicio ya viejo...esto parece no perdonárselo.

Hace mucho que la reunión ya ha empezado pero él no me quiere dejar ir. Me lee un folleto completo que debo releer después en mi casa para diagnosticar si realmente soy un alcohólico:

“El alcoholismo es una enfermedad. Los alcohólicos no pueden controlar su manera de beber, porque están enfermos en sus cuerpos y en sus mentes (o emociones). Si no dejan de beber, su alcoholismo siempre se vuelve peor y peor.”

Nos podríamos quedar horas y horas cuestionando este tipo de afirmaciones pero obviamente no lo vamos a hacer. Gracias a eso, me elevo viendo una enorme humedad que tenemos en una de las paredes del frente. Fantaseo con preguntarle:

-Señor, ¿Es el alcoholismo una enfermedad como el cáncer, por ejemplo? ¿Se curan de igual manera? ¿Qué es estar “enfermo en las emociones? ¿Dónde está la base científica de todo esto?

Me despierto cuando lee enfáticamente:

“La Asociación Médica Americana y la Sociedad Médica Británica han conceptualizado que el alcoholismo es una enfermedad.”

Vuelvo a soñar:

—Señor, ¿no le parece raro que sean dos instituciones anglosajonas y a lo mejor puritanas las que enuncian lo que usted acaba de leer? ¿No ha escuchado usted a los foucaultianos furibundos que dicen que los trastornos siquiátricos son como listas que se asemejan a la lista de pecados de la iglesia?

Él me despierta de nuevo y dice que el alcoholismo es una “alergia” pero que no es una reacción *negativa* del cuerpo sino *positiva* (¿?). Que así uno deje de beber y le quite el alcohol al cuerpo, la enfermedad mental sigue su curso...

Por fin se pone de pie y me entrega el folleto. Me recuerda que debo hacerme el test en mi casa, por fortuna. Remata:

—Las respuestas son solo para usted.

Me extiende su mano una vez más y nos vamos al encuentro del resto de los alcohólicos.

Al sentarme, todos me miran extasiados. Soy una cara nueva, soy carne fresca, soy alguien que puede ser salvado y sobre todo tengo una historia nueva que contar. Al frente se encuentra un tipo con cara de profesor universitario que lee los libros del fundador de AA. Lo hace aburrida y monótonamente. Lee una y otra vez pasos y preceptos que hay que seguir. Todo bastante rígido. Básicamente son pasos de superación personal. De hecho, varios cuadros con mensajes edificantes rodean al coordinador: “Primero, lo primero”, “Vive y deja vivir”, “Hágalo siempre con calma, con calma, con calma...”.

En algún momento de la lectura, alguien levanta la mano y se para. Va hacia donde el coordinador y lo saluda de mano. Todo muy irreal. Yo me imagino que, por la cara de loco que tiene, va a sacar un arma y nos va volver papilla a todos. Aunque realmente dice:

—Buenas noches. Mi nombre es Ramiro y soy un alcohólico en recuperación.

Todos responden al unísono:

—¡Hola Ramiro!

La escena es un tanto ridícula porque se nota que el tipo ha hablado ahí en ese mismo atril cientos de veces y ha contado la misma historia con los mismos puntos y comas pero todos simulan atención.

Dice que me va a dedicar sus breves palabras. Me mira y empieza con la misma retahíla de AA. Hay que cambiar las tres *Pes* que son Poder, Potencia y no sé qué más por las tres *Aches* a saber, Honestidad, Honorabilidad y tampoco recuerdo la tercera. Que todo es cuestión de un día, que antes de llegar a la reunión tenía muchas ganas de tomarse un aguardiente pero que venció la tentación. Que no puede cantar victoria para siempre, solo por hoy....

El coordinador retoma de nuevo su monótona lectura. A los pocos minutos, el coordinador le hace una señal a uno de los asistentes para que se levante. Así lo hace, coge un sombrero de la mesa central y el coordinador dice que ellos tienen que pagar arriendo, luz y teléfono. Todo se debe sostener con los aportes voluntarios. Soy el primero al que le toca dar su aporte. Saco un billete de cinco mil. Luego, para mi desgracia y con dolor, observo que los demás solo dan de a mil pesos. Finalmente, el tipo cuenta la plata delante de

todos y el recaudo total son 12 mil pesos que son anotados en el tablero. Luego nos ofrecen tinto.

Alguien más alza la mano y le es permitido hablar:

—Me llamo Carlos y soy un alcohólico en recuperación.

—¡Hola Carlos!

—Yo también le voy a dedicar mis palabras al amigo que nos acompaña hoy por primera vez. Vea hermano: lo más maravilloso que me ha pasado a mí en la vida es haber conocido a AA. Yo ya llevo 18 meses sin probar gota de licor. Yo antes bebía cada 15 días, cuando recogía plata, y era capaz de emborracharme hasta 4 días seguidos. Tanto así que una vez me aparecí con otra mujer en mi propia casa. Yo no sé cómo llegué a eso. Y al otro día no era capaz ni siquiera de mirar a mi esposa a la cara. Claro que ya estoy separado. Pero tengo que reconocer que soy un alcohólico y que por siempre lo seré.

Un tercero quiere hablar también y le conceden el derecho.

—Me llamo Gonzalo y soy un alcohólico en recuperación.

—¡Hola Gonzalo!

—Yo también le voy a dedicar las palabras al caballero que decidió dar hoy su primer paso de sobriedad. Caballero: más importante que el contenido de lo que voy a decir es el hecho de que usted esté aquí con nosotros. El paso que usted ha empezado a dar es el más importante de todos. Usted no está solo, no desfallezca. Todos hemos pasado por eso. Todos sabemos lo que es el infierno de la primera copa. Yo me sentía feliz con los primeros guaros. El hombre más poderoso del mundo. Pero luego había un descenso, una laguna hasta quedar tirado en una calle. A mí la plata no

me rendía porque mi esposa se la robaba cuando llegaba borracho. Aunque mentiras, eso era lo que ella tenía que hacer: robarme. Yo ahora me siento útil, colaboro con la comunidad, voy a misa, aunque no todo es perfecto porque antes de venir aquí pelié con mi mujer pero no me importa porque el momento más feliz para mí es cuando estoy en la reunión.

A continuación, el coordinador da unos mensajes parroquiales y luego dice:

—Gabriel cumple hoy 4 *añitos* de sobriedad. Felicitaciones para él.

—¡Felicitaciones Gabriel!

Finalmente nos pide que nos levantemos y que, si queremos, recemos el padre nuestro junto con él. Así lo hacemos.

La reunión ha llegado a su fin. Los asistentes me dan la bienvenida una vez más, me estrechan la mano, me dan palmadas en el hombro, me dicen que adelante, que ellos están para ayudarme. Todo realmente muy emotivo. Toda una comunidad sin la necesidad del guaro de por medio.

Bajo las lúgubres escalas. Salgo de AA. Llego a mi casa y leo el plegable que me han dado. Debo responder el test con sinceridad. Simplemente con SÍ o No. También es muy claro al decir que si tengo más de cuatro respuestas afirmativas, me encuentro con “tendencias alcohólicas definidas”.

Me hago el bendito test. De doce preguntas, saco diez afirmativas.

Una lluvia fastidiosa cae sobre Medellín. Una que otra persona usa una máscara para evitar la tal gripa porcina. Llego a la reunión de comedores anónimos. Me reciben 5 mujeres. Yo soy el único hombre. Me dicen que tranquilo que esto también es para hombres. El sitio de reunión es un pequeño salón, diminuto tal vez, y yo tengo la mala idea de sentarme a todo el frente de ellas. La coordinadora actúa como una profesora. Le pide a cada una de ellas que me cuente en qué consiste el programa. Ellas, por supuesto, terminan por hablar de sí mismas. Empieza la primera:

—Yo llevo 11 años en el programa. Pesaba 80 kilos, ahora peso 50. Reconocí que tenía un problema con el peso porque no podía dejar de pensar en la comida, comía todo el día, incluso le llegué a poner cadena a la nevera y le pedía a un familiar que me guardara la llave.

La señora se parece a una tía mía: blanca, demasiado blanca, como del Oriente antioqueño, con maneras y ha-

blado de campesina, tiene un cuaderno extendido frente a ella pero no toma notas aunque hay que aclarar que es la tesorera. Y sigue:

—Yo me daba parrandas de comida, comía cuando no tenía hambre, cuando bajaba al centro los sábados era una tortura porque sentía los olores de todos los restaurantes y a todos tenía que ir. Mi esposo me dijo que ya estaba demasiado gorda y que me iba a dejar. Ahí fue cuando tomé la decisión de buscar ayuda y ya son 11 años de abstinencia.

La coordinadora entonces me hace leer uno de los propósitos del grupo. Al finalizar, me pregunta por segunda vez que si tengo problemas con la comida y eso ya me tiene nervioso. Reconozco que no sueno muy convincente con mis elusivas respuestas y mi barriga de cervecero tampoco me sirve para ser contundente. Balbuceo:

—En el pasado tuve problemas con la comida pero los superé. Pero ahora estoy otra vez como en las mismas.

—¿Y cómo te diste cuenta del programa?

—Una amiga me habló de él...

—Ya..., dice escéptica.

La coordinadora pide de nuevo que si alguien quiere hablar y Fabiola dice:

—Me llamo Fabiola y soy una comedora compulsiva.

—Hola Fabiola, responde el resto.

Un poco surreal y ridícula la situación. ¿Cuántas veces no habrá hablado Fabiola? ¿Cuántas veces no habrá contado el mismo cuento? Y ella empieza:

—Al igual que a la compañera, mi esposo me dijo que yo tenía un trastorno de alimentación. Yo no podía ver una olla de arroz porque me lo comía todo y luego seguía con las galletas, me iba para la tienda y compraba buñuelos. No



ha sido fácil. Ahora por ejemplo venía aburrída para la reunión. Pasé por Deli y se me metió que tenía que comprar una torta para mi mamá pero en mi interior yo sabía que me estaba echando una mentira porque realmente iba detrás de los alfajores. Me contuve y me dije “Dios mío ayúdame, igual ya voy a llegar a la reunión” y el tinto que me tomé aquí fue lo que me compuso.

Una sexta mujer llega tarde y la coordinadora le dice que si me puede contar sobre el programa y ella pregunta también escéptica que si tengo problemas de alimentación y yo, sudando a mares a pesar de la lluvia, sigo balbuceando:

—En el pasado...

—Ah bueno, a lo mejor hoy te das cuenta de si el programa te sirve...

Yo siento que ellas definitivamente no se quieren tragar el cuento de mi desorden alimenticio. Pero no entiendo por qué. Tengo barriga de cervecero. Suficiente, ¿no?

La recién llegada quiere entonces hablar de su caso y dice:

—Mi nombre es Verónica y soy una comedora compulsiva.

—¡Hola Verónica!

—Voy a hablar de algo que me pasó ayer. Estaba en el tránsito haciendo una vuelta y tuve que esperar más de lo que había presupuestado. Me empezó la desazón, el no-me-hallo y yo para la única parte que miraba era para el kiosco, o sea, podía mirar para cualquier parte pero yo estaba concentrada en el bendito kiosco y yo me decía, no puedo ir, no puedo ir, tengo que ser fuerte hasta que no fui capaz y terminé comiéndome un dulce y yo sé que eso en lugar de calmarme, me pone más nerviosa y más histérica y me tuve

que ir del Tránsito sin terminar de hacer la vuelta y fue muy duro porque me sentí súper culpable.

Verónica no es gorda, no es flaca. Y su relato me impresiona porque estoy encasillado en que solo los excesivamente gordos o los excesivamente flacos son los que sufren.

La coordinadora lee algo sobre la necesidad de los fondos y que el tinto y etcétera. Yo ya he ido rebajando mi cuota en cada uno de los grupos de anónimos. Empecé con cinco mil en Alcohólicos y ahora voy a dar unas miserables monedas.

Recogen la plata y la cuentan, 10 mil pesos en total. Haciendo cuentas 5 mujeres aquí dieron lo mismo que 20 drogadictos en recuperación.

La coordinadora quiere hablar sobre la importancia de la abstinencia para toda la vida. Dice:

-Yo llevo en el programa 5 años. Durante todo ese tiempo estaba bien y hace siete meses, creyendo que ya me había curado, que no tenía una enfermedad, me dio por comerme una chokolatina. Eso disparó en mí las ganas desahoradas de comer...

Ya nos vamos acercando hacia el final y es el turno para la más bonita del grupo:

—Me llamo Alejandra y soy una comedora compulsiva.

—¡Hola Alejandra!

—Yo en el último tiempo he estado muy mal porque dejé de asistir a las reuniones y yo sé que estoy enferma, que siempre voy a estar enferma, me arreglaba, ya estaba a punto de salir y me devolvía y me ponía a comer o me encerraba en el cuarto para no hacerlo pero igual no podía dejar de pensar en la comida y me decía que me tenía que poner a leer pero igual yo sabía que por allá estaba ese pensamiento

de la comida pero hoy estoy muy feliz porque a pesar de que estaba lloviendo y tenía la disculpa perfecta para no venir, dios me escuchó porque escampó un momentico y me dije que tenía que venir y aquí estoy. Es que estoy enferma y eso lo tengo que reconocer.

Ya la reunión termina. Hacemos una oración de pie. Ellas la recitan de memoria, yo debo leerla, nos cogemos de las manos, desafortunadamente no me toca al lado de la más bonita pero todas me dan un abrazo. Yo tengo el cinismo suficiente para preguntar que cuándo es la próxima reunión. Me dicen que en dos días. Me piden que responda unas preguntas en mi casa para saber si tengo algún problema con la comida. No siguen para nada convencidas las benditas.

Así lo hago. Tengo que responder 15 preguntas (¡15!) pero solo respondo afirmativamente tres. Muy bien me digo. Ya sabía yo. Qué problema voy a tener, me digo. Aunque al final dice que si respondo por lo menos a tres con un SÍ debo buscar ayuda.

Me levanto y lo primero que hago es consultar quién ha consultado mi blog. En toda una semana, solo tres visitas. Realmente patético. Consulto cuáles son las palabras claves que la gente ha tecleado y que las han llevado a mi blog. Literalmente (y mal escritas) son:

“Busco investigador en medellín esposo infiel pruebas”

“Cómo conseguir novios extranjeros con velas”

“humillado por unos sucios pies”

“Como se viste un burócrata”

“Desayunando problemas”

“Me masturbo viendo la tv”

“Le dije que fuéramos a un motel y no acepto”

“Mi mamá me excita con sus piernas”

Surreales todas esas búsquedas. Luego voy y consulto si el número de mis seguidores ha aumentado. Sigo con la misma cantidad de hace tres meses y lo peor es que sé que no me leen. Reconozco eso con dolor en el alma. Y en el ego.

Luego, leo por encima otros blogs. El de un señor desempleado que escribe diariamente hasta tres y cuatro cuentos. El otro de una ama de casa que está a punto de pegarse un tiro. Un tercero de una amiga que escribe malos e ingenuos poemas.

El señor desempleado que escribe diariamente tiene 235 seguidores. Leo por encima y comento sus cuentos pero solo para quedar bien con él aunque nunca le he dicho lo que realmente pienso: que sus cuenticos son realmente patéticos. Leo los comentarios de los otros 234 seguidores. Todos y todas se deshacen en elogios y en besos. Hay varias admiradoras y enamoradas del bloguero. Él se rehúsa a darles el correo. Le tengo envidia.

La ama de casa no está mal a juzgar por su foto. Me uní a su blog en espera de que se una al mío pero sin éxito. No ha querido caer en la trampa.

La amiga que escribe poemas me pide que comente sus poemas. El problema es que realmente me gustan más sus senos. Aunque ella, por supuesto, prefiere que yo prefiera su poesía.

Consulto también si alguien ha comentado alguno de mis cuentos. Nada. Una triste lágrima rueda por mi barba. Me la seco rápidamente.

No hay nada que hacer. Soy un escritor menor. Soy un bloguero. Sin visitas, sin comentarios, sin seguidores, sin premios. Pero mañana será otro día.

¿Ha sido usted infiel? ¿Lo es en el momento? ¿Piensa serlo en el futuro? Pues es mejor que lo piense dos veces porque de pronto algunas de esas mentirillas que todos hemos lanzado como “amor, tengo que trabajar hasta tarde”, “gordo, voy a hacer un trabajo para la U con unas amigas” o “corazón, tengo que asistir a un congreso en otra ciudad” se queden por el piso. Y de tan nefasta tarea se puede encargar Albeiro, detective privado de PERSEGUIMOS.

Sí, así como suena. PERSEGUIMOS es una agencia dedicada al seguimiento de infieles. Después de haber sido militar, guarda de tránsito, estudiante de investigación judicial y de intentar (sin éxito) ser fiscal, nuestro detective privado optó mejor por comprar un escritorio, un fax, poner un aviso en las páginas amarillas y dedicarse a la investigación privada y honrar así el nombre del detective más famoso de la literatura: Sherlock Holmes.

Por supuesto, nuestro detective se aleja del estereotipo más común del investigador privado. No fuma pipa, no anda con lupa y obviamente no puede ponerse un abrigo

por los calores de Medellín. Su apariencia es más bien la de un mensajero. Y por eso fue un poco despistado a la hora de encontrarnos con él. De hecho, la cita fue hartamente difícil conseguirla: “Llamáme el lunes porque hoy es viernes y éste es el día del voleo” o “Llamáme en la tarde y nos vemos en Carrefour”. Así lo hicimos.

Alguien con un celular y un casco de moto en una mesa esperaba mirando hacia todas partes. Lo llamamos para ver si contestaba el celular. Éste le sonó pero no se lo llevó a su oreja. En la llamada, nos pidió que le dijéramos cómo estábamos vestidos. Ya este tipo con pinta de mensajero no nos pareció nuestro detective. Pero todo fue un despiste: había contestado desde un dispositivo pegado a su oreja...al acercarse a nosotros le hago una pregunta boba:

—¿Su celular es un blackberry?

—Más que un blackberry, es un computador personal.

—Ahh...más que un blackberry..., repito con la boca abierta.

Albeiro, un poco reservado, nos pide que le hagamos las preguntas. Al instante queda claro que su especialidad son los infieles y que su mayor arma es el video. Antes trabajaba con cámara fotográfica pero ésta es más difícil de controlar y la calidad de la imagen es mucho menor. Siempre sale acompañado con una mujer. Llevan la cámara en un bolso al que le hacen un hueco y por ahí filman. Algo rudimentaria la cosa, pero les funciona. Vuelve al tema de la mujer e insiste en que es mejor salir con ellas porque si ven a un hombre solo esperando en una esquina, llaman a la policía. “En cambio, si ven a una mujer sola a la media hora ya le están sacando silla, le están ofreciendo tinto y hasta le están echando el perro”, dice sarcásticamente.

El porcentaje de infieles es “cincuenta-cincuenta” pero ambos segmentos consultan por diferentes razones: las mujeres para que sigan a sus esposos, los hombres para que sigan a sus “mozas”. Similar a una escena de la película *La Gente de la Universal*: un español contrata a un detective para que siga a la mujer que le está siendo infiel:

—¿Quiere que siga a su esposa?, le pregunta el detective.

—Jálele al respetico, es a mi moza a la que tiene que seguir. Mi esposa es una mujer decente.

\*\*\*\*\*

Albeiro siempre parte de la sospecha del cornudo. Por eso, en más de una ocasión ha tenido que decir:

—Señora, si usted en diez años no ha podido saber si su esposo le pone los cachos, ¿cómo voy a hacer yo en dos días?

Por partir de la sospecha del cliente es que nunca se ha encontrado con sorpresas. Así es como ha podido comprobar, sobre todo, los gustos homosexuales de esposos y esposas. Todo esto lo hace a través de sus vídeos, grabación de llamadas escabrosas (“¿se puede usted imaginar la conversación de dos hombres que son amantes!?” pregunta con énfasis), correos electrónicos, cámaras escondidas, desvío de llamadas y micrófonos en celulares:

—Para eso hay dos formas: yo le puedo dar el informe de las llamadas que hizo su mujer antes de llegar a la casa o después de que se va. La otra es hacerle todo el show. Regalarle un celular ya *envenenado*. Después uno le envía un mensaje de texto y ahí se activa el micrófono y podemos saber siempre lo que está hablando.



A pesar de los *gadgets* tecnológicos, nuestro investigador dice que esto no es como en las películas gringas. Allá los detectives tienen la puerta abierta para entrar a la fiscalía y la policía los mira con respeto. Aquí por el contrario, la policía lo persigue y no lo deja trabajar:

—Claro que como yo estudié investigación judicial, inmediatamente les hago saber mis derechos y ahí sí se asustan y me les convierto en una papa caliente.

Confiesa que hay casos en los que no se mete pero sobre todo porque no puede ingresar a ciertos sitios o por peligrosos o porque simplemente pertenecen a la investigación judicial:

—Un hijo de papi y mami se suicidó. El papá quería que yo me infiltrara en Eafit para indagar con sus compañeros por qué lo había hecho. Yo ahí sí no me puedo meter porque me caliento demasiado.

Aunque se ha sentido también al borde de la muerte. Gracias a su trabajo como guarda y a que conoce la ciudad palmo a palmo (eso lo recalca a cada instante), le pudo proponer a una señora un “plan B” porque el esposo era algo esquivo y resbaladizo. Para ello se metió en la maleta del carro, el infiel arrancó y fue capaz de calcular las cuadras de Laureles y ser capaz de reconocer la unidad a la que habían llegado. Luego, una vez allí, se bajó tranquilamente y llamó a la señora para que armara el escándalo.

\*\*\*\*\*

Albeiro también afirma que de nada le sirve a la gente saber que su pareja es infiel:

—La gente es masoquista. Me pagan 150 mil pesos, que vale un día mío, y por más que uno les da las pruebas de la infidelidad no hacen nada y lo peor de todo, siguen como si nada.

Ya la entrevista se acerca a su fin. Quedamos en que la próxima vez vamos a hacer una salida para pillar in fraganti a un pone-cachos cualquiera. Nos pregunta una vez más que esta entrevista para dónde es que va y que donde es que trabajamos. El Tigre dice que en la Universidad de Medellín y yo que en la Universidad de Antioquia.

—Ah...y hasta me podrían servir. Me resulta mucho trabajito en esas dos universidades. Aunque el caballero de la Medellín tiene más el perfil. El hombre es pinta y se ve que es popular entre las mujeres. En cambio al de la de Antioquia no porque, y con el debido respeto, a las mujeres no les gustan los barbados.

\*\*\*\*\*

Esta crónica tiene que terminar como se debe: con un fracaso. Nuestro detective tiene dos ayudantes y entre todos dejan escapar al “objetivo”. Éste es el relato de ese fracaso:

Albeiro nos cita en la Avenida Oriental. El pobre miserable al que van a espiar es un despachador de buses que anda armado. Su esposa, técnica en sistemas, le ha pillado un mensaje comprometedor. Fuera de eso dice que está llegando tarde. Suficientes sospechas para comenzar la indagación.

Estamos en una esquina del centro: Albeiro, la mujer que le ayuda, un pato que está aprendiendo el oficio, El Tigre y

yo. Muy sospechosos los cinco. Albeiro lo coordina todo. Se ve que se siente muy importante. Tiene voz de mando militar. La mujer tiene cara de pobre, bolsito de pobre, caminado de pobre y mirada de pobre.

—Cada uno a sus puestos, ordena Albeiro.

Cada dos minutos Albeiro está llamándolos para saber si “el objetivo” ya va a salir del trabajo. Él se encuentra en la moto para seguir el objetivo por si alguien lo recoge en carro.

El aprendiz no contesta inmediatamente su teléfono y por ello es reprendido por Albeiro. A la vez llama a la esposa del objetivo para saber cómo es que va vestido.

El objetivo sale. Los ayudantes lo siguen. Pero entre tres almas dejan escapar a un tipo que va a pie a coger un bus...

Albeiro, con mirada de fracasado, nos dice que habrá que reanudar “la operación” la próxima semana.

Sabemos que no nos va a llamar.

*Está gordo, incluso obeso, y por regla general su autosatisfacción, que no parece apoyarse en nada sólido, me resulta insoportable.*

*Michel Houellebecq (Ampliación del campo de batalla)*

*La música viola el cuerpo humano. Hace poner de pie. Los ritmos musicales fascinan los ritmos corporales. Cuando se encuentra con la música, la oreja no puede taparse. La música, al ser un poder, se asocia de hecho a todo poder. Su esencia es la desigualdad. Oído y obediencia están ligados.*

*Pascal Quignard (El odio a la música)*

Todo empezó cuando Armando, el mismo borracho y *loser* de Bantú, me dijo:

—Hola mi gordo, ¿cómo estás?

No sabía que eso para mí es el peor insulto. La gente cree que me molesta que me digan borracho, pervertido o decadente. No. Es que me digan gordo. Porque los odio, los detesto. Me parecen débiles en todos los sentidos. Además, son mediocres por naturaleza. Si no son capaces de controlar su cuerpo, ¿qué otra cosa interesante pueden hacer en la vida?

Pero Armando a su vez odia a los ricos, aunque muy en el fondo quiere ser uno de ellos. Y para él, un gordo es un rico como se creía en el siglo XIX. Eso habla de su ignorancia. Además, él es un resentido. Eso se explica porque fue un estudiante de la Universidad del Pueblo y para El

Pueblo, y solo puede comer dos comidas al día que consisten básicamente en arroz y huevo. Mi menú por el contrario consiste en salsas, azúcares, harinas, carnes, grasas y cerveza. Con razón parezco un cerdo.

Odiar a los gordos es odiarme a mí mismo. Eso no es nuevo. Eso lo despliego en cada una de las cosas que hago y digo. Pero, decidido a desterrar al gordo que hay en mí, por fin acepto la invitación de Pedro El Escamoso a un gimnasio. Pedro es un ex borracho de Bantú que ahora se ha convertido a la iglesia evangélica, es decir, al cretinismo militante.

\*\*\*\*\*

—Bueno, lo que vamos a hacer hoy es muy sencillo: tenemos que llegar a 30 pulsaciones. Aquí está la cartelera donde pueden observar, de acuerdo con su edad, las pulsaciones que deben ir alcanzando.

Así empezó el discurso del entrenador cuya cara lo hacía llamarse Yeison Estiben y todo lo que ello implica. El Yeison tiene cara de pobre, es cuajo (por supuesto enano) y muy entusiasta.

—A ver, a ver, vamos a calentar...

Estoy junto a otros 30 soldados cuya única meta hoy es quemar las calorías adquiridas durante el día. Estamos montados en bicicletas que no avanzan. La fauna está compuesta por viejas, solteronas, una que otra buenona, gordos y fastidiosos deportistas.

La música, con treinta años de atraso, engalana esta patética situación. Empezamos con “My sharona” suavemente por una carretera plana. Sharona va delante de mí, tiene buen culo y no mira a nadie:

**¡¡¡Uuuuuu, ayyyyy, Myyyyy Shaaarooooonaaaa!!!**

Sharona es la mejor del grupo. Y Pedro El Escamoso me dice casi a gritos:

—¡Cómo está de buena esa perra!

A mí me da vergüenza que me diga eso. A lo mejor nos puede escuchar. Pero este Escamoso no tiene remedio. Ni siquiera la iglesia de Cristo le ha enseñado los buenos modales.

Se supone que Sharona es mi luz y mi guía porque los parlantes siguen atronando:

**...you make my motor run, my motor run...**

Me digo que me tengo que concentrar en su culo para no desfallecer. Cuando ya estoy a punto de hacerlo, la cancioncita sigue:

**Never gonna stop, give it up...ay ay ay...¡yeah!!**

El Yeison me ve con la lengua afuera, se acerca adonde mí, y me pregunta una obviedad como por decir cualquier cosa:

—¿Quemando calorías?

—Ssssííí, digo a punto de caer desmayado.

—No, entonces tómesele con calma. Igual, usted está como algo pasadito de kilos.

—Gracias.

—De nada.

Después de haber perseguido el culo de Sharona sin resultados positivos, sigue el ascenso con “Thriller” de Michael Jackson:

***It's close to midnight and something evils lurking in the  
dark...  
You're paralyzed***

Me siento paralizado y no me responden las piernas. Esta cuesta arriba a media noche me hace pensar que en cualquier momento me va a dar un infarto. Y para ponernos aún más en ambiente, apagan las luces. A mi izquierda hay una mujer como sacada del video de esos zombis de la canción: vieja, fea y gorda. Además, tiene toda la parafernalia deportiva: trusa, balaca, unas medias gruesas hasta la rodilla y guantes. Las masas de grasa que le cuelgan de los brazos me producen pavor. Y sigue atronando el Jackson:

***¡That this is thriller, thriller night!!***

Definitivamente me siento en una discoteca deportiva. El Yeison brinca y nos anima a seguir escalando, nos dice que falta poco, que no desfallezcamos, que ya vamos a empezar a bajar...

Aunque descender no significa dejar de pedalear. La bicicleta es una dictadura del movimiento. Somos como ratas de laboratorio que corremos y corremos sobre una superficie redonda sin posibilidad de parar. Yeison, nuestro capitán al mando, nos dice que aunque estemos descendiendo, debemos esforzarnos y darle bien rápido. Los gordos del pelotón no le obedecemos del todo y mejor nos arrullamos con "Hotel California":

***On a dark desert highway, cool wind in my hair***

Pero luego inesperadamente y en un acto de sadismo, nos dice que se nos ha presentado otra subida y que tene-

mos que poner nuestras bicicletas en la posición más dura, que ya es nuestro último esfuerzo, que todo se verá recompensado por las calorías quemadas, por la aceptación que recibiremos de nuestros semejantes. Y para ello nos pone:

***By the rivers of Babylon, there we sat down***

***Yeeah we wept...***

Yo siento que los ríos por los que navego están formados por sudor y lágrimas. Añoro estar en Bantú, quieto, tomando cerveza e intoxicándome de cigarrillo. Aquí siento la disciplina del cuerpo, la entrega, la renuncia, la nueva religión del narciso. Siento los rigores de un cuerpo disciplinado, entrenado y sometido.

Pero al final de esta jornada, hay una recompensa para todo esto: El Yeison nos pide que nos demos un fuerte aplauso. Todos le obedecemos al instante. Nos sentimos felices y complacidos por el deber cumplido.



# NARCÓTICOS

---

El primero en darme la bienvenida a Narcóticos Anónimos es un señor de corbata. Parece un gerente de cualquier empresa. De hecho, más adelante me confiesa que estuvo a punto de perder un importante empleo por sus muchos años de alcoholismo. Porque, aunque coordina uno de los tantos grupos de Narcóticos Anónimos en Medellín, realmente su problema es de alcoholismo. Su primer acercamiento fue con Alcohólicos Anónimos pero se aburría con su enfoque. Dice que allí la única prohibición es el alcohol y que la gente puede “seguir tirando bareta o perico mientras que en Narcóticos Anónimos, no”.

Él se va y me deja solo. Voy por un tinto a la cafetera. Tengo mala suerte, se ha acabado. Vuelvo a mi silla. Un hombre absolutamente acabado, envejecido y demacrado me ofrece del suyo aunque ya lo ha empezado. Yo le agradezco el gesto aunque inmediatamente en mí se disparan todos los prejuicios. Primero, estoy convencido de que tiene sida y aunque he leído que no se transmite por la saliva,

limpio con sutileza el vaso desechable. No contenta mi irracionalidad, pienso que si no tiene sida entonces tiene gripa porcina. Finalmente, tomo un trago grande para salir de eso de una buena vez.

Por fin, un muchacho con cara de matón dice que va a presidir la reunión. Tiene un bigotito de medio pelo y una cachucha con una serpiente por adorno. Se parece a mi hermano. No puedo dejar de pensar en eso.

El muchacho con cara-de-matón y hablado de criminal, invita a los asistentes a leer los principios de Narcóticos Anónimos. Algunos se ofrecen y antes de realizar la tarea, se presentan con su nombre y luego el resto de los asistentes repite:

—Hola Yeison...Hola Estiven...Hola Wilmar...

Mientras leen, se equivocan frecuentemente. Como lo hace alguien que nunca lee. Ellos se avergüenzan por sus errores. Eso a juzgar por la tonalidad roja que adquieren sus caras.

El tema de hoy, para colmo de males y como si el destino se estuviera vengando de mí, es:

### **“¿Y del recién llegado qué?”**

El coordinador pregunta retóricamente que si “hay compañeros que recién se acercan a la reunión de hoy”. Un tipo y yo levantamos la mano. Todos nos dan un fuerte aplauso. Me siento un miserable. Luego, cada uno tiene que decir su nombre y, si lo desea, afirmar si es un adicto. En la ronda le toca primero al otro recién llegado. Luego, cinco personas más, me toca a mí. Balbuceo un pálido, tímido y casi inaudible:

—Mi nombre es Wilson y soy un adicto...

Todos responden:

—¡¡BIENVENIDO WILSON!!

Me siento una rata. Siento que he ido demasiado lejos con estas crónicas. Todo por mis deseos narcisistas de escribir. O mejor, de figurar....

Pero tengo que seguir adelante. Entramos en la fase donde algunos empiezan a contar sus historias. Todas ellas están teñidas por su agradecimiento hacia Narcóticos Anónimos, por lo importante que nosotros estemos ahí y que hayamos empezado ese camino así desfallezcamos. Incluso uno de ellos llega a decir que ahora, después de la reunión, podemos irnos a fumar nuestro bareto, que eso es problema nuestro pero que no importa, que sigamos adelante....

Llama la atención especialmente un tipo que tiene todavía puesto un chaleco de motociclista. Habla raro. Es como si su pensamiento fuera por un lado y lo que intenta decir por otro. Tiene múltiples tics, cierra los ojos, se esfuerza por hablar. Dice que tenía pereza de ir pero que finalmente la venció:

—¿Cómo cuando me iba para la olla no me daba pereza?, pregunta de forma retórica y con sentimiento de culpa.

Otro afirma que la primera vez que asistió a la “confraternidad” fue después de consumir durante cuatro días con sus noches. Que pensó en quedarse solamente los 90 días que son exigidos pero que ya lleva cuatro años, tiempo en el cual ha estado “limpio”. Que ya le hace falta ir a las reuniones. Que a la primera que va es a las siete de la mañana, luego va al medio día y que no es capaz de llegar a su casa si antes no va a la de la noche. Que ha sido coordinador y tesorero del grupo. Que ha organizado fiestas porque “allá

también se pasa bueno"... Es claro que este muchacho cambió una dependencia por otra.

Por último, le toca el turno a un muchachito que antes ha colaborado entregando las consignas que los asistentes han leído en voz alta. Es alto, morenito, cara de pobre. Habla como esos personajes de **La Vendedora de Rosas**. Dice que lo de él era marihuana. Que se la fumaba, se la comía, se la tomaba, casi que se la inyectaba. Que se mantenía con sus amigos en la terraza de su casa haciendo sancochos de marihuana. Que terminaban trabados, dormidos, borrachos, el uno encima del otro.

La impresión que me da es que no todos los asistentes están contentos con este relato. Es demasiado crudo y escabroso. Tal vez no trae muy buenos recuerdos para la mayoría. Y va en contravía de los anteriores discursos: todos teñidos de buenas intenciones, de loas a la comunidad, de culpabilidad, de abstención y de auto castigo. El relato de este muchachito es fresco, inocente e ingenuo. Continúa diciendo que ya se estaba "calentando" demasiado en su barrio porque estaba robando y se estaba metiendo con mujeres mayores que él, mucho mayores, y ahí es cuando revela su edad. Dice que tiene 13 años y a mí me brinca el corazón porque es la misma edad que tiene mi hijo y pienso, como todo buen papá cantaleñoso, que no hay derecho a que haya muchachitos por ahí consumiendo droga y lo que más dolor me da es que el problema de su drogadicción parece recaer solamente en él y su recuperación solo depende de él creyéndose un enfermo de por vida, mientras que todos los gobernantes de turno hacen cumbres y compran helicópteros y fumigan plantaciones, en lugar de que todos esos recursos vayan realmente a los drogadictos

para su recuperación. Estos pobres miserables se tienen que conformar con recoger diez mil pesos en una mochila y se echan la culpa, y se creen enfermos de por vida y no hay investigaciones, ni tratamientos para ellos... pienso toda esa perorata paternal mientras continúo escuchando a este pobre muchachito, flaco, desnutrido, pobre y con evidentes daños cerebrales.

La reunión termina con su relato. El alma se me acaba de partir cuando observo que él es el encargado de entregarme un llavero y un directorio de teléfonos por si tengo la tentación de consumir y así cualquiera de los asistentes me pueda ayudar para no hacerlo.

Me fijo en su nombre y al lado me ha escrito:

*“MUCHO HANIMO WILSON, ADELANTE.*

*NO DESFAYESCAS*

*Atentamente*

*Estiven.”*

Mientras le grito a mi mujer que es una puta por las veces en que me ha sido infiel (ella a su vez me grita que soy un *perro asqueroso* exactamente por las mismas razones) y a duras penas puedo levantarme de la cama por el guayabo, cientos de fieles ya están congregados en **La Iglesia de la Liberación Mundial**. De todas maneras, me pongo mi mejor traje: cachaco, pantalón y camisa por dentro. Dios no se merece una camisa por fuera... Además, sé que cuando llegue, me voy a encontrar con muchos tipos encachacados y equipados con radios de comunicación. Ellos son los que reciben y conducen a los fieles, cual rebaño, a esa iglesia cristiana.

No estoy muy seguro de cuál es la entrada. Hay gritos y música que salen de un local así que intento por ahí. El tipo encachacado que lo custodia me mira fijamente. Mi cara no le es conocida. Me pregunta entonces que para dónde voy. Dudo qué decirle. No sé qué palabra escoger. No sé si decir-

le que voy para el *culto*, la *celebración*, la *misa*, la *eucaristía*, el *encuentro* o qué. Aunque la palabra que más neutra me parece es *celebración*. Eso, a juzgar por los gritos, la música y la alegría que emanan de allí. El resto de la mentira ya la tengo preparada y digo:

—Es la primera vez que vengo a la *celebración*. Una amiga me invitó.

—Esto aquí es para los niños; el culto para los adultos es allá.

Él mismo me conduce hasta la verdadera entrada. Allí, hay más encachacados con radios y micrófonos; de esos que ponen nervioso a cualquiera: unas diademas que comunican directamente a la oreja con la boca. Todo tiene la apariencia de esas películas gringas en las que hay miles de agentes secretos y en algún lugar está un presidente al que van a matar, o casi, porque uno de esos agentes secretos es el galán de turno que lo impide en el último segundo.

El primer encachacado me entrega a un segundo encachacado diciéndole que es la primera vez que vengo y que una amiga me invitó. De una me pregunta:

—¿Y cuál es el nombre de su amiga?

—Claribel Osorio.

El nombre sí lo tenía preparado porque es como nombre de muchacha pobre y cristiana, que cita a la perfección versículos enteros de la biblia y que algún día espera a casarse con uno de estos encachacados. Él no reconoce el nombre, así que me dice:

—Mmmm, no la conozco pero siga a ver si la encontramos...

Este segundo encachacado a su vez me entrega a un tercer encachacado que rápida y eficientemente me da la bienvenida y me estrecha la mano. El segundo encachacado le pregunta que si conoce a Claribel Osorio y él dice que no. Entonces me ordenan que me siente junto a la entrada donde están ellos. Seguramente para mantenerme bajo vigilancia.

Me toca sentarme entre una adolescente y una señora muy bien vestida que se refresca con un diminuto ventilador de Hello Kitty. Miro al frente y ante mí se encuentra la gran congregación de fieles de La Iglesia de la Liberación Mundial. Una congregación muy bien vestida con mujeres cuidadosamente peinadas, hombres afeitados y abundancia de tacones, zapatillas, perfumes y lociones. Todo para esta trascendental ocasión. Y quien dirige este gran espectáculo es nuestro pastor quien grita históricamente desde el estrado:

!!!LA VIDA DE JESÚS SE HA ENCARNADO EN MÍ!!!

Luego vocifera una retahíla sobre los judíos y dice que están así de mal (¿así de mal?) porque ellos traicionaron o negaron a Cristo. No lo sé. Mucho de lo que dice no lo entiendo porque su acento de música merengue es imposible. Tiene que ser algo del Caribe porque, como escuchaba uno en el Show de Cristina, hace preguntas retóricas que empiezan con el “¿Qué...?” por delante, así:

—¿Qué ustedes creen...? ¿Qué ustedes piensan....?

A todas sus afirmaciones la gente grita ehh, *sííí*, *ohhh*, con pasión. Pero realmente es imposible saber con qué están de acuerdo ya que nuestro pastor mezcla confusamente palabras como *mente*, *corazón*, *espíritu*, *alma* y *gripa porcina*. A veces son lo mismo y a veces no. En una de ellas



la emprende contra los científicos, contra Darwin específicamente, y dice que él estaba equivocado porque los mitos tienen espíritu y no alma (¿?). A todo esto, la audiencia en trance responde con un *eehhh*, manos y brazos en alto así como seguramente hacían las multitudes enardecidas cuando gritaban “Heil Hitler!!”. Sin embargo, un despistado grita a destiempo: “¡Alabado sea el Señor!”

El pastor se mueve, vocifera, regaña, abre las manos, busca una cita en la biblia, se desabotona el saco, cuenta chistes, sisea como una serpiente, se abotona el saco, pega gritos de poseso, se sube al podio, baja del podio y no deja tres segundos de silencio y paz. Parece una estrella de rock. O un político o un ejecutivo en la convención de su empresa. Y ya por fin doy con quién se parece: se parece a Hugo Chávez cuando viaja de cumbre en cumbre y le toca ponerse cachaco pero el cachaco siempre le queda chiquito porque el comandante eterno de la revolución bolivariana ha subido de kilitos y la papada llena de grasa se le sale rebeldemente por encima del cuello. Sí, así es nuestro pastor...

Y en toda esta hiperactividad dice que Buda está en el infierno, que Da Vinci y Nerón eran unos sodomitas (así dice, *unos sodomitas*), que la mejor aspirina para el alma se llama Jesús, que Dios tiene sentido del humor y no es aburrido, que “hoy vamos a comer verdad, paz y tranquilidad”... Aunque mención especial merecen las enfermedades (por eso es que casi no hay iglesias cristianas entre los ricos que pueden solucionar ese problemita más fácilmente) y dice que Jesús puede curar cualquier perturbación mental, que hoy podemos expulsar cualquier “coágulo de cáncer” (así dijo, *coagulo de cáncer*)...Mención especial también merece la cuestión de la comida porque dice que Jesús no come

carne de “puerco” (para aprovechar la paranoia de la fiebre porcina) y que se alimenta de sí mismo y que esto es *un misterio*, confiesa.

Por encima de él hay una inmensa pantalla. Así que, si no lo alcanzamos a ver en persona porque está muy lejos y nuestras sillas rímax no dan para más, entonces un par de camarógrafos se encargan, como en una transmisión de un concierto de rock, de seguir cada uno de sus pasos. A veces hay acercamientos de la cámara y se nos permite ver la cara crispada de nuestro pastor. Y como vive gritando, cuando cierra la boca, el labio superior no alcanza a bajar del todo, entonces quedan al descubierto sus enormes dientes y queda como un conejo de cualquier película de terror. Realmente asustador.

Las imágenes a veces se intercalan con unas diapositivas cuidadosamente escogidas y lo más sorprendente, aparecen en el momento justo. Se nota que todo esto es un espectáculo cuidadosamente planeado. Nada que ver con las presentaciones de mi universidad cuando los profesores no encuentran la presentación en power point o el proyector no les prende. No. Aquí todo está medido, organizado, controlado.

Las diapositivas aparecen como por la gracia de dios aunque con errores de ortografía y digitación. El pastor lee las citas, se salta palabras porque todo es muy frenético e incluso nos pone a leer. También nos pone a repetir. Nos conmina a decir:

—Jesús es...

Y todos repetimos al unísono:

—Jesús es....

-¡Nuestro Rey!

—¡Nuestro Rey!

—¡Nuestro Salvador!

—¡Nuestro Salvador!

Aunque realmente los que más repiten son los adultos y los ancianos. La adolescente que está a mi lado y otras que logro ver entre la multitud se recuestan en el hombro de otras amigas, consultan su celular, se observan las uñas, se rascan los ojos y se quitan la horquilla del pelo. *¡Dios bendiga a los adolescentes y su bendita rebeldía!*, pienso. Ni siquiera este ambiente lleno de dios, control y vigilancia puede con ellas.

\*\*\*\*\*

Ya todo entra en su fase final. Nuestro pastor se quita el saco y sí que lo necesita: debe haber sudado y lo más seguro es que debe haber rebajado unos cuantos y necesarios kilitos. La ridícula música de piano utilizada en las casas de banquetes rebaja la intensidad y nuestro pastor envía a las diaconas para que repartan el pan y el vino. Esto sí que es nuevo para mí. Por primera vez voy a comulgar, voy a tragar el cuerpo de Cristo y nada de confesiones de por medio.

Unas mamasotas, hermosas hijas de dios y por ende mis hermanitas, empiezan a entregar en bandejas de plata pedazos de algo que parece pan pero que realmente son unos vulgares bizcochitos. Yo, siempre con las ganas de echarle el diente a todo, lo hago inmediatamente y una de ellas me conmina gritándome:

-¡¡NO, TODAVÍA NO!!

Yo me pongo rojo y siento que hice el ridículo porque los de atrás me están mirando y seguramente los tipos

encachacados ya me van a caer y me van a hacer un interrogatorio. Seguramente ya han estado siguiendo todos mis pensamientos a través de quién sabe qué aparato ultra moderno. Espero y espero pero nada pasa. Nuestro pastor se come entonces un pedazo de pan que toma de una arreglada mesa mientras nosotros nos comemos el bizcochito. Luego, nuestro pastor se toma una copa de vino, y es vino porque un acercamiento de la cámara así lo demuestra, y nosotros nos tomamos un espeso jugo de mora en un vasito desechable de esos aguardienteros.

Luego, algunas personas se acercan al púlpito y se empiezan a abrazar y empiezan a delirar y cierran los ojos y expulsan no sé qué cosas de sus corazones o de su cabeza o de su pecho y están como en trance y la cámara los detalla y a veces ponen la letra de una canción mientras unos muchachitos cantan. Y la letra parece una de esas esquelas que los enamorados se mandan entre sí:

***Yo te busco***

***Te anhele***

***Te necesito***

***Te amo***

***Más que a mi propio ser***

Durante todo ese trance, el pastor pronuncia unas cosas imposibles pero más imposible aun es transcribirlas aunque lo voy a intentar:

“shi skyupashni batabatabata...”

Juro por dios que era algo así. Realmente misterioso y asustador.

Todos los del púlpito han expulsado su enfermedad o sus pecados o al diablo, todos se funden en un abrazo y

entonces empiezan a cantar una música pop o rockanrolera y dicen algo que cualquier enamorado quisiera escuchar de su ser amado:

“Te busco con fuego en mi corazón”

Ya todo es como más alegre y es el momento propicio para que los encachacados empiecen a entregar unos sobres. Yo recibo uno pero dejo para leerlo después porque realmente ya me quiero ir. Ya es más que suficiente. Así que me toca pasar entre la multitud que escribe sobre ese sobre y lo deposita en una urna. Paso por el lado de los baños (¡hay baños!), cafetería (¡hay cafetería!) y un almacén (¡hay un almacén!) donde venden cientos y cientos de dvds con las grabaciones de nuestro pastor y los libros de nuestro pastor y las canciones de nuestro pastor. Parece que para muchos no es suficiente con lo de hoy.

Ya al intentar salir, uno de los encachacados me cierra el paso y me pregunta muy serio:

—¿Ya depositó la ofrenda?

—Sí, respondo con una vil mentira.

—Que Dios lo bendiga hermano. Vaya con Dios.

—Gracias hermano. Vaya usted también con dios.

Tres cuadras más adelante (no vaya a ser que me estén siguiendo), leo lo que había que meter en el bendito sobre y me doy cuenta del negociazo que acabo de abandonar. Le tenía que haber dado plata a la iglesia, al pastor y a una tal misión. Sencillamente por la salvación de mi alma. Así de fácil.

El policía Edwin Palomino me cita en La Alpujarra bajo un sol canicular. Cualquier cosa se puede derretir en ese momento. La primera opcionada es la escultura de hierro de Rodrigo Arenas Betancur. PALOMINO (así dice la plaqueta en su aplanchada camisa) no está de muy buen genio. Dice que hoy le toca trabajar de 1 a 8 p.m., mañana madrugar a las 3 a.m., trabajar hasta las 11 a.m., dormir en la tarde y luego a trabajar toda la noche. Con razón está así de flaco, cansado, ojeroso y sin ilusiones.

La idea es que me va a hablar sobre su trabajo como operador que recibe las llamadas de emergencia. Debido a un castigo del que no me quiere hablar, lo trasladaron de la sede del 1-2-3 con aire acondicionado a tener que vigilar por quince días esta plaza llena de cemento y carente de sombra.

Empezamos a caminar y él a hablar. El 1-2-3 es un sistema que reúne todas entidades que nos vigilan y contro-

lan en Medellín. Allí están reunidas la policía, la fiscalía, el tránsito, y sobre todo, las cámaras de vigilancia.

Seguimos caminando y nos achicharronamos. Vamos hasta la famosa escultura, no vemos nada sospechoso. Solamente hay señoras flacas y señores barrigones esperando a quién sabe quién. Como siempre esperando a alguien que se retrasa.

Vamos hasta una de las calles adyacentes a la plaza. Hay un carro parqueado. A Palomino eso le parece más que sospechoso. Lo reporta a la central:

—Aquí Palomino, erre....para reportar vehículo sospechoso en vía pública...foca, hidrógeno, Lola uno, tres, cinco... ¿me copia?

Le pregunto que qué es eso tan raro y me dice que el inicio de las palabras son las letras de las placas.

—Ahhh, respondo maravillado.

—Recibido, erre, termina Palomino.

—¿Qué te dijeron?, le pregunto.

—Que no se reporta ningún antecedente...pero ya identificaron el carro por las cámaras y ya viene la grúa del tránsito para retirarlo porque está mal parqueado.

—¿Cámaras? ¿Dónde están?

—En todas partes, funcionan las 24 horas del día y son capaces de detectar hasta la marca de un bluyín.

\*\*\*\*\*

Palomino me cuenta que trabaja en el 1-2-3 desde hace 11 años. A él le toca todo lo que es narcotráfico, expendios de droga, robo de carros, levantamiento de cadáveres...

—Nada complicado, me dice.

—¿Nada complicado?

—Sí, porque hay zonas más calientes como Santo Domingo, Manrique, La Candelaria...

—¿Y cómo hacés para no enfermarte con toda esa tensión?

—Ah, ¿y qué más hago? Claro que uno puede buscar ayuda siquiátrica. Pero a veces uno no aguanta.

—¿Por ejemplo...?

—A un compañero boyaco le dijeron que lo iban a trasladar para el Guaviare un sábado por la mañana después de haber trabajado toda la noche y se desmayó...todavía está en recuperación.

Damos otra vuelta. Nada sospechoso. Yo le pregunto que si podemos ir a las oficinas del 1-2-3. Él lo piensa un rato. Me dice que lo va a consultar con su jefe. Que de una vez puede aprovechar para cobrarle una plata a un compañero de trabajo.

—Sí, mi comandante, aquí Palomino...para pedirle el favor de que si puedo ir a las instalaciones a hablar una cosita con Córdoba....gracias mi comandante...¿puedo subir con un primo? Está escribiendo unas crónicas sobre profesiones ejemplares para la comunidad...sí mi comandante, yo respondo por él, sí mi comandante, no se preocupe mi comandante, como ordene mi comandante, sí solamente unos minuticos mi comandante...¿que dónde va a salir la crónica? (me pregunta).

—Dígale que en Alfaguara, una editorial muy importante de México.

—Que en una editorial de México, mi comandante.... bueno, mi comandante, gracias mi comandante, hasta lue-



go mi comandante, le copio mi comandante, erre mi comandante.

Dirigiéndose a mí me pregunta escéptico y como buen policía que es:

—¿Y sí es verdad lo de la editorial?

\*\*\*\*\*

La entrada a la alcaldía está estrictamente separada. Por un lado entran los hombres por el otro las mujeres. Es decir, todo muy políticamente correcto. A los hombres los requisan. Las mujeres pasan derecho. O sea, sexismo al revés.

Me exigen un documento. Lo entrego. Me toman una foto. Estoy más que identificado, registrado y vigilado. Subimos por el ascensor. Llegamos al piso 13. Caminamos. Palomino se ve tensionado y nervioso. Llegamos a una puerta. Él pasa un documento por encima de un lector de códigos. La puerta se activa y se abre. Me siento como en La Guerra de las Galaxias.

Llegamos a las famosas oficinas del 1-2-3. El ruido de voces es insoportable. Se lo hago saber.

—Y eso no es nada. Un sábado esto es candela, me dice.

Abundan los militares y los policías con dos y tres diademas en sus cabezas y enclaustrados en pequeños cubículos. Todos por igual están adheridos a una pantalla de computador. La ciudad hierve y ellos también. Llegamos adonde un compañero de Palomino cuya plaquetica dice ORTIZ:

—Quiubo marica...

—Entonces qué guevón...

Ortiz tiene los zapatos bien lustrados, los pantalones bien planchados, la camisa bien metida por dentro y la ca-

beza totalmente rapada...tiene cara de pocos amigos y se le nota la tensión en todo su rostro. Palomino le dice:

—Ortiz, aquí el amigo está escribiendo unas crónicas sobre profesiones, explicale en un momentico lo que hacemos mientras yo voy donde este marica de Córdoba para cobrarle una plata.

—¿Y el jefe qué dijo?

—Que todo bien.

—Bueno pero un momento no más porque esto está que arde.

Ortiz acepta de mala gana. No le gusta la idea. Es entendible: está ocupado, tensionado y no quiere que ningún vago como yo le quite tiempo. Pero ya estoy allá y no puedo desaprovechar la oportunidad.

—¿Y a usted qué le toca hacer?, le pregunto tímidamente.

—Me toca lo más caliente ahora que es Bello.

—¿Y por qué?

—¿Por qué **qué**, amigo?, me pregunta medio ofuscado.

—¿Por qué Bello es ahora lo más caliente?

—Hay un combo de Pachelly que está haciendo y deshaciendo. Sobre todo en Las Cabañas que es lo mejorcito de Bello. Tienen eso azotado.

Mientras habla uno de los tres computadores que tiene al frente lo interrumpe. Aunque tiene una diadema puesta, coge otra, se la pone y empieza a hablar:

—Sí mi comando, le copio, Cra 55 con la 30 B, hay un cadáver en vía pública...Mazda gris con dos acompañantes sospechosos y moto robada con placas Casa, Loma, Gordo, nueve, dos...

Se voltea hacia un compañero y le grita:

—Ey, Zapata, allá en el CTI no contestan guevón...

Y sigue hablando por el micrófono:

—Siga comando, ¿qué me reportó? Bien, enviar patrullas, 6,9...6,9 mi cabo...

Yo, ya no tímidamente sino con miedo, me atrevo de nuevo a preguntarle:

—¿Y cuál es la función suya acá?

—Soy el puente entre los reportes de la comunidad y las patrullas que se encuentran cerca de la zona reportada.

Esta parquedad de Ortiz me está matando entonces le pregunto algo de manera pragmática, algo que me sirva para la vida:

—¿Y cuál es el método para robar carros ahora?

—Ya se los roban parqueados...de siete carros que se robaron hoy, dos fueron solamente a mano armada.

—Y a los que les roban los carros, ¿a cuántos matan?

—De 10 casos por ahí a uno. Eso no es muy común....

Respiro con descanso y otra vez un computador le suena y él responde:

—¿Qué ordena mi teniente?...¿un muerto en vía pública? Ubíquese que no le copio es pero nada..., por bala... muy bien...

En la pantalla alcanzo a leer un aviso que dice:

“Sujeto NN con 3 impactos de arma de fuego en la cabeza...”

Me siento mareado y a punto de vomitar. De todas maneras le quiero hacer una última pregunta. Cuando él se voltea para seguir conmigo, otra vez un computador lo interrumpe y pregunta:

—¿Cómo dice? ¿Otro cadáver en vía pública? ¿Lo escolaminaron? Zafiro, gato, 10, buque...bien, envío patrullas, listo mi cabo...

Es obvio que me debo ir. Por último, tengo la mala idea de preguntarle que si le puedo tomar una foto. Me dice secamente que no. En ese momento lo interrumpen una vez más y yo aprovecho para desobedecer. Le tomo una foto con tan mala suerte para mí que en ese momento se voltea y me pilla in fraganti. Me dice de una:

—Páseme el celular.

Yo obedezco regañado y temblando. Él, como buen policía, sabe cómo meterse a mis fotos y borra la de él, la que le concierne. Me devuelve el celular sin mirarme.

Avergonzado y humillado le pregunto que dónde puedo encontrar a Palomino:

—Por allá, me contesta con un gesto de cansancio. No es para menos.

A la distancia veo a Palomino. Voy hacia él. En el camino, y en mi sempiterna actitud adolescente, tomo al escondido una foto de las cámaras de vigilancia. La foto sale más que borrosa. Debe ser por la velocidad con la que iba. Aunque viéndolo bien, debió haber sido por el temblor de mis manos. Total ésas son las cámaras que según Palomino pueden detectar hasta la marca de un bluyín. Eso sí que debe ser lo más importante. El encargado de ellas grita desgañitado:

—Sí, sospechoso con un paquete, está al lado de los buses de La Milagrosa, hace rato que no se mueve de ahí.

Voy al encuentro de Palomino. No le pagaron la plata. Ahora sí que está de mal genio. Bajamos de nuevo por el ascensor en completo silencio.

Me despido de Palomino. Él tiene que seguir vigilando bajo ese sol canicular y rechinante. Aunque no somos tan distintos: yo me tengo que ir a vigilar estudiantes.

Camino hacia el parqueadero. Veo cámaras de vigilancia por todas partes. Micrófonos incrustados en mi celular. A través de una grúa deben estar observándome en el 1-2-3 y deben estar reportando a la rectoría de mi universidad que no estoy trabajando. Siento un ataque de paranoia. Me veo en una pantalla, caminando, siendo reportado a varias patrullas a la vez...

Por suerte nadie me detiene, nadie me baja del carro, nadie intentó prenderlo mientras hablaba con las fuerzas del orden, los vigilantes y porteros de la universidad no eran policías encubiertos...aunque quién sabe...

Camino por la tranquilidad aparente de los corredores de la universidad, con la sensación opresiva de que Ortiz y Palomino sí que trabajan.

Yo en cambio....

## **Invitación**

Yeison Estiven Zapata se permite invitarlo a la fiesta de quince de su hija Yazuri Yamilé. La celebración tendrá lugar en la casa de banquetes Alojja atendida por su propio dueño **Alonso Lopez Jaramillo**.

## **Nota social**

En el día de ayer tuvo lugar la celebración de los quince de la señorita Yazuri Yamilé Zapata. Sus padres la agasajaron con una fiesta que estuvo precedida por una serie de fotos tomadas en el Jardín Botánico. Las poses fueron diversas: Yazuri encaramada en un árbol, Yazuri medio escondida detrás de un árbol, Yazuri sentada en el césped al lado del árbol con todo su vestido rosa extendido. La sesión de fotos en posición sentada tuvo que ser detenida porque las ardillas se estaban montando encima de él. No hubo enanos incluidos.

A la salida del Jardín Botánico, su papá Yeison Estiven, la sorprendió con un paseo en un carro antiguo. Cogieron por Moravia, luego atravesaron el río Medellín con rumbo a la Ochenta hacia la casa de banquetes pero un taco en la autopista en sentido norte sur les obligó a desviarse casi hasta Bello. Ello no fue un obstáculo para que Yazuri se viera feliz y el papá muy orgulloso. Los ocupantes de los carros incrustados en el taco admiraban la escena y decían que qué hermosura de carro antiguo.

Papá e hija llegaron algo retrasados a la casa de Banquetes Alojja pero eso no había impedido que los comensales ya hubiesen empezado a escuchar el omnipresente reggaetón y a tomar aguardiente. Incluso, ya había algunos borrachos que estaban empezando a poner problema.

La agasajada no fue únicamente Yazuri. Para el papá también había una sorpresa preparada. Hija y padre se separaron aparentemente para que ésta pudiera prepararse para bailar el vals. Lo que no sabía Yeison Estiven es que dentro de una enorme torta hecha de cartón estaba escondida Yazuri y cuando llegó la hora del vals, ésta salió de allí rompiendo con todas sus fuerzas la falsa torta. Pero el espectáculo continuaba. El papá debía ponerle a Yazuri una zapatilla simulando la historia aquella de la Cenicienta. Luego a bailar todos las quince primaveras y los valeses de rigor.

El local estaba elegantemente decorado con sillas Rimax forradas en tela, columnas romanas y estatuas griegas. Una fuente hecha en Envigado simulando un jardín vienés fue el encanto de los invitados.

Ya hacía la madrugada los asistentes pidieron rancheras y música guasca. Se escucharon algunos tiros hechos al aire.

Tengo que madrugar para ser jurado de votación. Debo cumplir con esa obligación democrática o si no me echan del trabajo. Son las seis de la mañana y misteriosamente no estoy borracho ni enguayabo. Los pajaritos cantan, hay un cielo azul y solo falta acompañar todo eso con una ida a misa.

El metro por hoy es gratis (solo por hoy) y está lleno de celadores y porteros. Llego a la estación debida y me voy caminando hasta el colegio donde me toca ser jurado. Un carro parqueado llama mi atención. Parece un carro-bomba pero realmente está varado y lleva frutas.

Llego al colegio que está ubicado en una loma de un barrio pobre. Aquí las lomas no tienen el pedigrí de El Poblado así que no tienen nombre. En la puerta del colegio ya hay una fila de votantes desesperados que no se aguantan las ganas de votar. La fila está compuesta por viejitas y personas con cara de buena gente que acaban de salir de misa. No observo ningún signo de guayabo en ninguna de ellas.



Llego a la mesa. Me encuentro con mis colegas, los otros jurados. Casi todos son burócratas de la administración municipal: inspectores, secretarías, profesores de colegios oficiales. Todos muy feos, por cierto.

Sacamos toda la parafernalia electoral: tarjetones, lapiceros, huelleros, resaltadores y un largo etcétera. Es decir, el derroche total de recursos. Luego debemos firmar decenas de papeles y no sé para qué. Todos en fila lo vamos haciendo. Somos seis jurados en total. Principales y suplentes. La preocupación de todos es cómo hacemos para turnarnos y ausentarnos y no tener que quedarnos todo el largo día viéndonos las caras. Los que tienen moto dicen que ellos se van y que vuelven más tarde. Las secretarías dicen que se quedan porque viven muy lejos y no quieren pagar más pasajes. Pero en ese instante su preocupación por el almuerzo se disipa porque llega un tipo con una libretica a tomar los pedidos del medio día para el almuerzo: las dos secretarías piden sobrebarriga y chicharrón.

Son las ocho y suena el timbre. La trascendental jornada empieza. Pero no nos llegan votantes corriendo a querer votar. Una de las secretarías explica la situación y dice que nos van a tocar sardinos. Yo le pregunto cómo lo sabe y ella me indica el inicio del número de sus cédulas: 1.017....*Ah, siquiera*, pienso. Porque con estos esperpentos de secretarías, hay que recrear el ojo.

Como después de una hora ningún votante llega, decidimos que nosotros los jurados vamos a ejercer nuestro derecho al voto y así lo hacemos. Me dan el tarjetón y busco a Robinson Devia: un país lleno de Wilsons y de Estivens merece ser gobernado por un presidente con un nombre así. Lo malo es que también me gusta el vicepresidente de

otro candidato que no va a ganar y es Jobanny Burbano. Entonces marco a Robinson para presidente y a Jobanny para vicepresidente. Ya que ellos arreglen ese problemita si improbablemente ganan.

Ya una vez cumplido con mi deber democrático, los mismos compañeros me expiden mi verde certificado electoral. Con él podré reclamar medio día de descanso. Soy un burócrata total.

Ya en la mañana van llegando graneaditos los sardinos que tal vez ejercen por primera vez su derecho al voto. Todas las peladas parecen estudiantes más de la U. Bendito dios, qué tiernas y hermosas se ven. Porque quien no es bello a los 21 años está definitivamente en la olla.

Como llegan tan pocos votantes, mis compañeros de mesa empiezan a hablar y a contar chistes. Son colombianos, no sobra decirlo. A las secretarias les parece un horror los besos entre lesbianas. El profesor del colegio oficial le mira la nalga a otras votantes. Yo me hago el que me están llamando por celular y salgo disparado a comprar un tinto.

\*\*\*\*\*

En la tarde las cosas no mejoran; es de suponerse. Ya son las dos de la tarde y las dos horas que siguen se hacen más que eternas. Un delegado de la OEA, observador electoral, pasa por ahí de vez en cuando y se hace el chistoso. Tiene acento argentino o uruguayo. Si estuviera en el Lleras ya se le habrían tirado todas las mujeres encima.

El tedio hace que vaya por otro tinto. Me entretengo viendo las carteleras y llama mi atención una hoja de block

con letra de escolar y que es más que fea. Es un torneo de micro organizado en el colegio. La siguiente es la programación para los interesados:

(PRIMER DESCANSO)

Atlético tajada vs Diesel

Los demonios vs Las babys

Fransua Bilbao vs Malosos

Cachetonas vs On line and True

(SEGUNDO DESCANSO)

Diesel vs Atlético Frutiño

Barcelona vs Chamacos

Ya hacia las cuatro de la tarde hay más jurados que votantes. Todos estamos desesperados para que suene el timbre (como típicos estudiantes) y poder empezar a contar los votos y largarnos para la casa.

Por fin suena. Desesperados rompemos las urnas, empezamos a destruir todo lo que no se utilizó y contamos los votos. Los Mockosos ganan con 65 votos pero al candidato que parece siempre maquillado no le va tampoco mal, saca 42.

Terminamos y nos entregan nuestros registros de jurado con los cuales podremos pedir un día libre más. Somos todos unos descarados burócratas.

Salgo caminando de nuevo. En una cafetería veo a una parejita de gafas y con manillas. Por supuesto son votantes del Mockoso ya que llevan camisetas verdes. Toda la militancia de los “honestos” en acción. La militancia del candidato postmoderno que no propone nada. Se ven felices. Confían en el triunfo.

Cojo un bus de Bello. La gente está más que sorprendida porque Bellanita de Transportes ha decidido unirse a la jornada electoral y no está cobrando el pasaje (solo por hoy). Por radio escuchamos cómo le dan la ya consabida paliza al candidato líder de la moral en Colombia. También escuchamos al registrador que nos agradece a todos los jurados de votación la agilidad en la entrega de los resultados. En el fondo no quiere decir la verdad o no la sabe: la rapidez del conteo es para salir lo más rápidamente posible de esas ocho horas de cárcel.

Ya casi llegando a mi destino, una señora con un muchachito se monta al bus. Quiere pagar el pasaje. El chofer le dice que es gratis. Ella no entiende o no cree. El chofer le responde golpeadito que HOY ES GRATIS. Ella va y busca donde sentarse y entre incrédula y desconcertada le dice a su retoño:

-¡JA! Lo único que no es gratis en la vida son los Sparkies que usted se come...

*El turista es el idiota del viaje*  
Jean-Didier Urbain

Estoy enguayabado y desparchado. Fuera de eso mi mujer no ha aparecido en toda la noche porque salió con sus compañeros de trabajo a celebrar no sé qué. Uno de ellos le echa el perro, es decir, se la quiere comer. Dato nada alentador para mí. Mi mujer tampoco ha contestado su celular. Así que voy a salir para que cuando llegue a la casa no me encuentre. La dignidad ante todo. Decido entonces hacer un tour por mi ciudad en el famoso Turibus. Definitivamente, no he tocado fondo.

Recorreremos los cuatro lugares convertidos en santuarios por nuestra clase dirigente, por nuestra burguesía local. Los íconos de la antioqueñidad, a saber: El Parque de los Pies Descalzos, El Pueblito Paisa, El Astor y La Plaza Botero.

## **El Parque de los Pies Descalzos.**

Éste es el lugar de encuentro. Antes de llegar, ya sé de dónde tengo que fingir ser: de Armenia. Yo sé que parezco

de Pasto por mis rasgos indígenas y mi pelo indio pero tendré que abrir en algún momento mi bocota y tengo claro que no voy a fingir ese ridículo acento. Pereira también estuvo en la lista pero no quería aparecer como el tipo que tiene por esposa a una pereirana (ya con la que tengo me basta).

En el bus me toca sentarme al lado de una pareja local que trae a alguien de Bogotá. Son bullosos (los locales, por supuesto) y la bogotona es una gordita con cara de no tener novio.

Nuestra guía se llama Leidy. Tiene cara de pobre y su voz sensual y artificial es más que insoportable. Al fondo, nos dice, tenemos el Edificio Inteligente y no recuerdo por qué lo llaman así. Ella sí hizo su esfuerzo pero tenía que reparar en la mujer de la pareja local. Es blanca, hermosa y se debe llamar Manuela. Al finalizar su retahíla, Leidy nos dice que podemos visitar el arenero, el bosque de bambú y el jardín zen.

Vamos al arenero y hay que quitarse los zapatos. Como soy tan amargado no lo hago pero veo cómo uno de los niños pobres que juegan allí y que se debe llamar Kevin Andrés le tira copiosamente arena a su hermano en la cabeza. La mamá lo regaña pero él no hace caso. La escena de Kevin con su hermano se repite por todo el parque: niños pobres intentan zambullirse en una fuente con la característica de que el agua solo les llega hasta los tobillos.

Luego pasamos al bosque de bambú y al jardín zen. De algo les ha servido a los ejecutivos de EPM viajar al Japón. Aunque parece que ya los ejecutivos no utilizan su propio parque porque lo único que se observa es a algunos trabajadores que comen su almuerzo que han llevado en coca.

Comentario inútil: el parque está al lado de La Alpujarrá, concentración de todo el poder de nuestro bello depar-

tamento. De día parece un desierto por su falta de árboles. Pero el parque es muy lindo y organizado. Dicho orden se debe gracias a la labor de vigilancia y control de celadores vinagres y guías que no dejan jugar a los niños a sus anchas en las fuentes.

### **El Pueblito Paisa**

Al dirigirnos al Pueblito Paisa, Leidy nos dice que a la izquierda podemos observar un seminario donde se hospedó el Papa Juan Pablo II. A nuestra derecha podemos observar el Centro de Exposiciones cuyos más importantes eventos tienen que ver con la moda. Bien lo han dicho los pastusos cuando afirman que Medellín lo único que produce son curas y maricas.

Por debajo de nosotros podemos observar el río Medellín que divide a la ciudad en Oriente y Occidente. Cada año cuenta con los alumbrados navideños más espectaculares de toda Latinoamérica (!) y no contentos con eso cada año tenemos un motivo diferente: el pasado fue en honor al agua “porque el agua es un elemento muy importante....”, afirma. No sabemos muy bien qué quiso decir con eso.

Al llegar por fin a la réplica del pueblito paisa, nos dice que tenemos veinte minutos para recorrerlo.

Al fondo y a la izquierda tenemos a dos esperpentos de la cultura paisa: Tomás Carrasquilla (escritor insoportable) y Montecristo (triste comediante, solo superado por Suso). La escultura de Montecristo es una “Obra Obsequiada por Crisanto Vargas Vil” otro triste comediante. Y sí que es triste esa escultura: ese bigotico, ese corbatín, esa fastidiosa sonrisa.

Pero no solamente hay campo para el patetismo paisa: a nuestra derecha le rendimos tributo a lo que hemos exter-

minado con muchas ganas: el cacique Nutibara y su esposa, ambos en una pose digna de la mejor tendencia sexista: el Cacique mira hacia adelante mientras le monta la pata a un felino (él es el hombre de la casa) y su esposa se toca la barriga en alusión a la maternidad (aunque a juzgar por su barriga solo tiene dos meses de embarazo, es decir, no tiene barriga).

Ya alejados de esos esperpentos de esculturas y liberados del solazo que nos calcina, entramos al pueblo idealizado y mitificado: la alcaldía, la escuela, la casa con su dormitorio, cocina, comedor...cualquier cosa que evoque a pasado, cualquier cosa vieja es bienvenida: una plancha de carbón al lado de unos *long plays*: reparo en uno de ellos que dice **BORRACHO POR ELLA** de Luis Alberto Posada quien aparece en una ridícula pose en la caratula.

La parafernalia que se ofrece en el exterior para la venta se centra en el licor, los vestidos, el sexo. Miniaturas de paisas borrachos, ponchos y botas, afiches hechos en tela con alusiones a las suegras, a las sufridas esposas y a la historia sexual del hombre: según ella y de acuerdo con mi edad, soy un águila: escojo todo lo que me voy a comer. No entiendo la clasificación. No me aplica.

Somos valientes y subimos a una plataforma desde donde se puede ver toda la ciudad y su división social: al sur los edificios de los ricos, al norte...ni uno solo.

Al montarme al bus y sentir su maravilloso aire acondicionado, debo reparar una vez más en la estatua de Montecristo. Maldita mi suerte.



## El Astor

Todos como que están de muy buen humor. Manuela come paleta y muestras sus tiernos y carnosos labios, la rola está calcinada, el tipo es insoportable con sus chistes y felicidad. Leidy quiere saber cómo nos ha parecido el Pueblito Paisa. Pregunta:

—A ver, a ver: Bogotá, Armenia, ¿cómo les pareció El Pueblito?

Los otros gritan y yo asiento afirmativamente. Ya me estoy convirtiendo en un *freak*. ¿Qué pensarán de mí? ¿Que soy un solterón marica?

De salida del Pueblito, nos dice que podemos observar la calle 30 o “también llamada Universidad de Medellín” (*gracias a su lobby politiquero*, pienso), a nuestra derecha el aeropuerto Olaya Herrera donde vino a matarse Gardel y por fin vamos entrando a El Poblado, una zona hotelera, comercial y gastronómica. La conciencia social de Leidy nos indica que El Poblado es la comuna 14 y que como podemos ver “comuna no es sinónimo solamente de pobreza...”

Durante el recorrido por la avenida El Poblado, Leidy nos ameniza el trayecto hablándonos de las maravillas en pastelería del Astor, los jugos del Astor, el ambiente “agradable y acogedor” del Astor. Pues bien que el Astor debe tener un contrato muy bueno con Turibus porque allá vamos a dar y allá me arrancan cinco mil pesos por un jugo de mandarina. Me lo tomo solitariamente en una mesa. Los otros ríen, gozan, encarnan a cabalidad el papel del turista. Sí, debo parecer un solterón marica o un marica solterón.

## **La Plaza Botero**

Y ahora viene la candela: los tacos, la gente, el calor. Vamos por la carrera Jorge Eliecer Gaitán (la burguesía lo mató pero por lo menos le dio una carrera) y a nuestra izquierda vemos la iglesia de San Antonio (una más). A nuestra derecha vemos la Remington “la escuela que tarde o temprano usted elegirá” y al llegar a la Playa pasamos por una quebrada que se desbordaba mucho en el pasado pero solucionaron el problemita hoy canalizándola...

Por fin llegamos al lugar con la mayor cantidad de esculturas de “nuestro maestro Fernando Botero” en el mundo.

En la plaza, aparte de las esculturas de rigor, hay una exposición con todas las maravillas con que nos ha bendecido el dúo dinámico Fajardo-Salazar: parques, bibliotecas (sin libros), hospitales, viviendas de interés social y todo eso porque “Medellín Obra con Amor”.

Yo ya estoy mareado y a punto de vomitar. Demasiado Medellín para mí. Subimos por última vez al climatizado bus. He mirado en todo el recorrido a Manuela, pero ella no sabe que existo. Debo parecerle todo un freak. Pero deseo con fervor a la mujer de mi prójimo.

Llego a la casa. Mi mujer no ha llegado. Veo televisión, me duermo. Me despierto, veo más televisión y me duermo. Escucho unas llaves en la puerta. Es ella. Le grito, le pongo problema. Estoy más que seguro que me ha sido infiel (¿una vez más?). Mi mujer me dice que es el colmo que desconfíe de ella. Que un matrimonio se debe basar en la confianza mutua, en los sueños en conjunto, en las esperanzas que nos alimentan. Su actuación es tan buena que termina por hacerme sentir culpable y termino por pedirle perdón por haber dudado de ella. Ella acepta mis disculpas. Pero me dice que esta noche va a salir de nuevo.

# DEEVENOSACADÉMICOSYPIÑATAS

---

Los eventos académicos tienen el mismo aire de las piñatas: escarapela, croasán y certificado que corresponden al gorro, torta y regalo. Sonrientes y alborozados, los académicos corren de acá para allá con sus escarapelas al viento. Saludando a los otros académicos, distensionados porque solamente se ven cada año.

Los eventos académicos deben ser escalonados y por algo se empieza: primero nacionales, luego internacionales. Relataré el que me merezco: uno nacional.

El avión para Bucaramanga lo debo abordar en el Olaya Herrera. Mientras camino hacia la pista veo una rata enorme saltar por el jardín. Una imagen que no le conviene mucho a esta ciudad que ya también es “Cluster”. Aparte de la rata que salta en el jardín, éste es el resto del paisaje: un ingeniero que va para Urabá, un ganadero que va para Cauca, un profesor que va a presentar una ponencia.

El avión despegó y uno quiere que por fin pase por encima de las montañas-barrotes que rodean a este calenturiento valle de lágrimas. Y por fin lo logra. Minutos después el capitán nos informa que debido a la nubosidad nuestro pequeño avión va a experimentar movimientos bruscos y que es mejor que no nos desabrochemos el cinturón. Pero que nada de preocuparnos porque eso es normal. Por supuesto no le creemos.

Para completar, la llegada al aeropuerto de Bucaramanga no es para nada tranquila: el mal tiempo hace que debamos dar y dar vueltas alrededor de la pista. Finalmente aterrizamos por el lado contrario a ésta. Malditos aviones chiquitos.

Yo, que intentaba huir de mi U para meterme en la ficción de estar en otra U, encuentro lo mismo que en mi U: la UIS está cerrada porque el día anterior unos encapuchados destruyeron el auditorio donde era nuestro evento. Y parodiando al poeta: *No hallarás otra tierra ni otro mar/ La Universidad de Antioquia siempre irá contigo/ no hay barco para ti, no hay camino...*

Nuestro evento académico es entonces lejos de la UIS. Salimos como buenos escolares (nunca se deja de ser un escolar si uno anda metido en una universidad) y dejamos el campus y su resaca del día anterior: piedras, palos y destrozos por doquier: *La Universidad de Antioquia siempre irá contigo...*

Llegamos a otro auditorio. Y ya es hora de que nos entreguen nuestras ansiadas escarapelas. Ya la piñata sí que tiene cara de empezar. Y el tinto no puede faltar para amenizar los saludos y los besos y los abrazos de todos los académicos. Hasta que llega la hora de ingresar con aire circunspecto a nuestro evento. Y con mucha cara de seriedad.

Luego ya sentados, pose académica preferiblemente con la mano en el mentón.

Las ponencias se siguen una tras otra como en una maratón (¿o en una orgía?) académica.

Ya terminada la jornada, hora de que nos entreguen nuestros certificados y demostrar que sí cumplimos con nuestro compromiso y que la Universidad de Antioquia siempre estuvo con nosotros y que no vimos nada diferente a los mismos encapuchados, los mismos destrozos y las mismas poses de los académicos.

Pero hubo gorro, torta y regalo.

Yo escribía para un equipo de fútbol de cuyo nombre no quiero acordarme. Es lo más cercano a la fama que he alcanzado en mi vida. Los hinchas me saludaban, me invitaban a cerveza y sus jugadores me estrechaban sus sudorosas manos. Todo era felicidad.

Un día, el editor de la revista me mandó un mensaje a mi celular: “Wilson, tenés una cita con el Presidente del equipo. Mañana, restaurante del Dann Carlton a las 4 pm”

Por supuesto, imaginé que me iban a felicitar. Las ventas de la revista habían subido gracias a mis columnas sarcásticas y llenas de hechos de la vida real. Eso creía yo.

Llegué bastante temprano. A la gente importante no se le hace esperar y es mejor causar una buena impresión de entrada. Mientras esperaba nerviosamente para ese grandioso encuentro me entretenía observando a una beldad que esperaba para una entrevista de trabajo. Pelo largo y negro, espalda recta, culo enorme. Con este último artilu-

gio, ya todo lo tenía ganado. Sin embargo, le daba vueltas nerviosamente a su hoja de vida. Yo, mientras la observaba (mejor, me deleitaba), tomaba un juguito de mandarina como si por fin me estuviera volviendo un homosexual. Por esa época estaba en una fase de abstinencia total para desterrar por fin el alcohol de mi vida. Pero solo duré quince días. Algo es algo. Aunque sufrí mucho.

Dos tipos llegan y se sientan al lado de la beldad para entrevistarla: preguntas van y preguntas vienen. Respuestas prefabricadas van y respuestas prefabricadas vienen. Por fin, la entrevista terminó y todos se despidieron muy felices. Nuestra beldad se paró, caminó, se alejó y ellos le miraron su enorme culo. Algo comentaron. Con seguridad, ese culo ya había hecho la diferencia.

A los pocos minutos, la visión de la beldad fue reemplazada por la cara del presidente del equipo. Poco pelo, gafas con marco de metal, piel quemada, ceño fruncido.

—¿Vos sos Wilson?

—¡Sí!, contesté entusiasta.

Se sentó directamente al frente mío. Sabía quién era yo. Seguramente le habían hablado mucho y muy bien de mí. Las columnas que escribía semanalmente eran con seguridad tema de amena conversación en su finca en la compañía de sus amigotes. Aguardiente y carne asada amenizaban dichas tertulias.

—¿Vos sos periodista?

—No. Profesor de literatura de la Universidad de Antioquia, dije asertivamente.

Con eso le quería decir que yo no era como los brutos de periodistas deportivos. No. Yo era diferente, tenía estilo y había leído a Hemingway. Y era todo un narciso.

—Yo también soy profesor de la Universidad de Antioquia...de la facultad de medicina, me dijo lenta y orgulloosamente.

Con eso me estaba queriendo decir que él no era un vulgar presidente de un pinche equipo de fútbol. Tal vez también era médico, es decir, todo un doctor. Aunque eso no es significativo: en esa facultad he visto a profesores de cátedra firmarse como “doctores” sin serlo. Estamos en Colombia, hay que recordarlo.

—Leí tu última columna, incluso aquí la traje; me dijo circunspecto.

Ya eso era el nirvana para mí. El presidente sabía quién era, me leía, incluso se tomaba el trabajo de traerla. “Lo que me espera es grande”, pensaba. La publicación de un libro (famoso por fin), lanzamiento del libro con coctel incluido, fotos, entrevistas, seguidores en Facebook.

Hasta que por fin disparó:

—Te pregunté que si eras periodista porque esto es una verdadera porquería, esto es una mierda...tengo que confesar que es la primera columna que leo y que no va más.

\*\*\*\*\*

Micky, mi mujer, dice que en la casa hay dos perros: Jerónimo y yo. Que la única diferencia entre los dos es la forma en que movemos la cola. Los comentarios que hay que aguantar en un matrimonio....

La cuestión es que cuando regaño a Jerónimo, éste agacha las orejas de una manera bastante chistosa: bajan automáticamente, quedan caídas totalmente, achicopaladas a más no poder.



De manera que cuando el presidente me dijo eso, mis orejas también descendieron, tan bajo como las de Jerónimo. Mi experiencia como perro avanzaba un poco más.

\*\*\*\*\*

Lo que sigue es más que aburridor contarlo pero hay que hacerlo. Esto fue lo que me dijo el feo, quemado y viejo presidente del equipo: que la escritura debía ser responsable, que había que construir país, que no podía hablar mal de UNE (su patrocinador), que había columnistas de admirar (Abad y José Obdulio estaban en su lista), que hay que dignificar la profesión del periodismo deportivo, que sí que me estaba haciendo un tribunal (“¡yo no acepto tribunales!” gritaba yo creyéndome muy macho; igual ya no tenía nada que perder), que su equipo de fútbol era una institución seria, responsable y con un alto compromiso social y que bla, bla, bla...

Total:

—No más columnas, remató.

Así que me deprimí. Mis deseos de ser famoso se esfumaron. Y cuando me deprimó siempre encuentro la excusa perfecta para beber. Así que me fui para Bantú.

Rompí mi abstinencia y todos los borrachos habituales del bar se alegraron al verme de nuevo; sobre todo el dueño.

Porque entre borrachos está muy mal visto cuando alguien decide irse por el camino tortuoso de la abstinencia.

—Eso no se hace, dicen mientras brindan y los agarra un ataque de hipo.

Tengo que salir para Oslo desde el aeropuerto Schönefeld de Berlín: el aeropuerto del antiguo régimen comunista y para no seguir dando más vueltas de las que ya he dado, decido darme un lujo: pagar taxi. Eso ni en Medellín. Y sí que es un lujo porque me vale 36 euros aunque para colmo de males el taxista lee 63. Él insiste en su cifra pero yo le señalo el taxímetro como si fuera un diccionario visual y él se muere de pena (sin necesidad). La perfección va a acabar con este pueblo alemán.

Ryanair, la aerolínea barata por excelencia, me cobra 50 euros porque no imprimí yo mismo el tiquete. A ellos sí no les da pena cobrarme eso. Aunque también me cobran el exceso de equipaje. Yo pregunto que si no lo puedo llevar conmigo y la mujer sin siquiera mirarme me dice secamente: “NO, it´s too big and too heavy”. Listo el asunto. A pagar 50 euros más. Qué gran aerolínea es Ryanair.

En el vuelo me ofrecen (si estoy dispuesto a desembolsar euros) en su orden: papitas, café, gaseosa, whisky, relojes, perfumes, loterías, juguetes...todo un mercado con alas. Aunque no contentos con eso, el dueño de Ryanair ha pensado en cobrar por ir al baño. Y ha pedido que le dejen llevar gente de pie. Pero por ahora le han dicho que no. Él argumenta que los aviones no son más que buses con alas. Y *buses colombianos*, le ha faltado agregar.

Llego al aeropuerto Rygge que queda a 40 minutos de Oslo. La gente compra rápidamente todo tipo de licor aprovechando el *duty-free*: con desesperación llenan bolsas de whisky, tequila, vodka, vinos, cervezas...y después se dice injustamente que los borrachos somos los colombianos.

Salgo del aeropuerto. Nadie revisa, nadie requisa, nadie chequea. Se me olvidaba que estoy en Noruega, el paraíso de los derechos individuales.

El viaje en bus me muestra lo mejor de este país idílico: casitas, yates, jardincitos, carros último modelo. Todo un paisaje paradisiaco al que no le falta una cierta pincelada escabrosa de película de terror. Al inicio.

Llego a Oslo, la capital del paraíso. Visito por supuesto al centro. Y lo primero que como es un kebab para honrar el exceso multicultural de este paraíso. Luego voy al hotel. Y es más que perfecto: cama grande, baño iluminado y sin cucarachas, televisión con canales rusos. Aunque no sé para qué un canal ruso. Pero igual soy un tercermundano de Medellín y eso no se ve todos los días.

Doy una vuelta solitariamente por la ciudad: por el malecón para admirar barcos y por ende el empuje y la verraquera de los noruegos en los mares del mundo, su enorme y minimalista teatro de ópera, sus cafés con meseras que

parecen modelos de Colombiamoda (¡y no exagero!), su paz, tranquilidad y serenidad que ya se hacen más que asfixiantes. Aunque esa asfixia la combaten muy bien algunos drogadictos que se traban en algunos parques al lado de mamás con sus vástagos. Todo un ejemplo de convivencia.

Tanta paz y tanta tranquilidad no pueden ser ciertas. *De eso tan bueno no dan tanto*, como dice mi montañero papá quien con su pragmatismo casi siempre tiene la razón: veinte días después un noruego mata a otros 77 noruegos en el paraíso del mundo. Y una virginidad más se ha perdido.

Mi hija me hace una llamada clandestina desde su colegio a través de su celular y me dice que quiere ir al partido Francia-Portugal y que ella no tiene con quién ir y que si entonces yo la puedo acompañar. Es decir, yo soy su última y resignada opción. Le digo que sí porque a un hijo no se le dice que no. Solo por eso.

Me vuelo entonces de la Universidad donde trabajo para un partido que es a las 5 pm, es decir, un horario digno de los vagos. Llegamos a las cercanías del estadio y parejitas con cara de estrato 28 parquean sus carros y lucen orgullosos camisetas de la ya eliminada selección Colombia (¿?).

Tenemos que comprar las boletas revendidas y el tipo que me las vende actúa con el mismo misterio que si me estuviera vendiendo un kilo de cocaína. Me recibe la plata con sigilo, mirando para todos lados y me manda adonde una mujer que las saca de un bolso, también mirando con sigilo. Es decir, con unos nervios que contagian a cualquier-

ra. ¿Será éste mi primer encuentro con la Cultura FIFA? Qué diferencia con los revendedores que en un partido Medellín-América gritan a todo pulmón, a punto de reventarle los tímpanos a un policía:

—¡¡Vendo y compro boleta que sobre!!

Y las cosas siguen pintando “bien” o mal: no hay aglomeraciones, ni colados, ni policías montados a caballo organizando filas imposibles de organizar...y finalmente el ambiente está raro porque me parece que todos esos asistentes nunca van realmente al estadio.

Entramos y encontramos que la novedad es que las sillas están numeradas, es decir, no existe esa conchudez de pitas que señalan los puestos de las barras de siempre. Todo es muy civilizado tanto que la gente que está sentada en el puesto que no es, se para tranquilamente para que el real dueño del puesto se pueda sentar. El mundo al revés.

Los equipos salen, y una señora anuncia todo en inglés y en español como seguramente el estandarizado y homogenizado protocolo de la FIFA debe rezar. Así nadie entienda lo que dice. No, perdón, el público asistente sí que lo debe entender a juzgar por la cantidad de niñas con frenillo y aún con sus uniformes del Mary Mount y señoras muy elegantes con gafas oscuras como si estuvieran en toros.

En algún momento, a alguna tribuna le da por hacer la ola ya que el partido hace honor a lo que es: un mundialito sin ton ni son, parecido a un Pony fútbol pero con más ínfulas. Así que la gente mejor se entretiene haciendo olas mareadoras porque además el segundo país más feliz del mundo tiene que refrendar esa felicidad.

Las sustituciones también las anuncian en inglés: si continuamos con la cultura FIFA en algún momento habría

que decir entonces: “the substitution is for the Chigüiro Benitez”, pienso como para entretenerme.

Llega el descanso y hay que comprar cualquier cosa e ir al baño. La única bebida bendecida y obligada es la ubicua Coca-Cola y los baños son iguales a los de un estadero en la costa. Claro que ni los unos ni los otros salen por televisión. Es decir, están bien así.

Empieza el segundo tiempo y la gente no sabe a quién hacerle fuerza. Y no sabe qué hacer frente a los goles que se comen los jugadores de Francia. No sé por qué me siento en un partido del Medellín.

Y a propósito del Medellín, me acuerdo de todos los desmanes en esos partidos a los que precisamente no vienen Juanita, ni don Juan Luis ni doña Lucrecia. No, viene más bien el Yeison con ganas de saltar a la cancha para perseguir a los cracks o troncos de turno. Y la pregunta filosófica entonces es ¿Mallas o no mallas?

Revelan la asistencia y dicen que son 41.000 hinchas que le cumplieron al Mundial y a la ciudad. La gente por supuesto aplaude. Es decir, se aplauden a sí mismos.

Una vez cumplido con el deber, muchos se van antes de que se acabe el partido. Ya la cosa está definida y además hay que sacar el carro rápido del parqueadero.

Los desparchados (y sin carro) nos quedamos hasta el final-final. La señora del micrófono nos dice en inglés y en español que tengamos un buen regreso a casa. Es decir, nos manda para la casa. Porque ni el día ni los equipos dan para que no nos esperen en la casa. ¿O serán cosas también de la cultura FIFA?

Finalmente, mi hija y yo salimos caminando hasta el Metro. Y vamos sin afanes porque ya sabemos que nos espera otra larga media hora de pura CULTURA METRO.





*Gente que necesita cerveza*

Se terminó de imprimir  
en el mes de septiembre de 2011  
en Todográficas Ltda.  
todograficas92@gmail.com  
Medellín-Colombia

¿Qué hace un profesor universitario para huir de la locura de la burocracia, los comités y las reuniones interminables? Se escapa para hacer todo tipo de crónicas sobre gente que está igual de loca que en su universidad. Así es como decide convertirse en mesero y acaba siendo atacado por tres homosexuales, asiste a la mayor cantidad de grupos de terapia que hay en su ciudad para encontrar una nueva adicción: la adicción a la terapia; padece bajo los efectos de la sobriedad el ambiente escabroso del bar con la peor reputación del bajo mundo (lo que por supuesto es la máxima virtud) y experimenta otras tantas situaciones donde se encuentra con gente loca, absurda y académica.

Y tal vez la cura para esta locura en la era de las terapias se encuentre en una sencilla receta: tomar cerveza por cantidades para así encontrar el sano equilibrio.

Todo esto y mucho más es lo que encontrará el lector en ***Gente que necesita cerveza.***